

Sergio GUADALAJARA SALMERÓN



***BOCADOS DE ORO Y LA VIDA EJEMPLAR DE
ALEJANDRO MAGNO***

Máster Universitario en Literatura Española

Departamento de Filología Española II

(Literatura Española)

Facultad de Filología

Curso Académico 2014-2015

Convocatoria de Junio

Tutor: Álvaro BUSTOS TÁULER

Fecha de defensa: 2 de julio de 2015

Calificación: 10

INFORMACIÓN BÁSICA

Título: *Bocados de oro* y la vida ejemplar de Alejandro Magno

Autor: Sergio Guadalajara Salmerón

Resumen: Alejandro Magno fue durante la Edad media un modelo a seguir por reyes y príncipes, debido a su astucia, inteligencia, capacidad de mando y valentía. Multitud de obras fueron dedicadas al estudio de su vida, hazañas y leyenda. En este trabajo se analiza, en concreto, su inserción en el contexto político y literario de la Castilla del siglo XIII, en especial el retrato que de él se ofrece en *Bocados de oro*, una obra que disfrutó de una extraordinaria difusión durante el periodo medieval y que, sin embargo, ha permanecido prácticamente en el olvido hasta nuestros días.

Palabras clave: Alejandro Magno, *Bocados de oro*, Literatura sapiencial, *Speculum principis*, Alfonso X, *Pseudo Calístenes*

Title: *Bocados de oro* and the exemplary life of Alexander the Great

Summary: Alexander the Great was during the Middle Ages a model for kings and princes, because of his cunning, intelligence, leadership ability and courage. Many works were devoted to the study of his life, deeds and legend. This paper discusses its particular integration into the political and literary context of Castile during the 13th century, especially the portrait that it is offered in *Bocados de oro*, a work that was extraordinarily widespread during the medieval period. However, it has remained almost forgotten until today.

Keywords: Alexander the Great, *Bocados de oro*, Gnostic poetry, *Speculum principis*, Alfonso X, *Pseudo-Callisthenes*

ÍNDICE

1. Introducción	2
2. El siglo XIII de Castilla: las armas y las letras	5
2.1. Inscripción de los <i>Bocados de oro</i> en la literatura sapiencial castellana	5
2.2. Fuentes: influjo clásico e influjo oriental	7
3. <i>Bocados de oro</i>	13
3.1. La obra: orígenes y versiones castellanas	13
3.2. Estructura de la obra	16
3.3. Biografías y retratos: dos herramientas didácticas	17
4. Alejandro Magno: referente histórico	20
5. Alejandro Magno: repercusión y vida en la Europa medieval	24
6. Alejandro Magno: su figura a través del testimonio de los <i>Bocados de oro</i>	28
6.1. Alejandro Magno: paradigma de la sabiduría medieval	28
6.2. El proceso de cristianización de un rey pagano	32
6.3. La imagen del monarca medieval	38
6.4. La soberbia de Alejandro	43
6.5. Final y muerte de Alejandro Magno	49
6.6. El carácter del rey Alejandro: bondad, sapiencia y audacia	53
6.7. El retrato físico de Alejandro y otros datos relativos a su reinado	56
7. Conclusiones	62
8. Bibliografía	63

1. INTRODUCCIÓN

Si a una persona poseedora de una cierta cultura se le pidiese que nombrase a los cinco personajes más conocidos o relevantes de la Historia de la Humanidad, Alejandro III de Macedonia, esto es, Alejandro Magno, sería, con casi total seguridad, uno de los escogidos. De hecho, Sir William Caxton, en el prólogo a *La Morte D'Arthur*¹, afirma que nueve son —resulta difícil elegir tan sólo a cinco— los grandes héroes merecedores de ser por siempre recordados: Héctor de Troya, Julio César, Josué, David, Judas Macabeo, el rey Arturo, Carlomagno, Godofredo de Bouillon y Alejandro Magno. Desde luego, su valentía, inteligencia y audacia le permitieron convertirse en el dueño y señor de gran parte del mundo conocido de su época y le otorgaron una fama imperecedera. Sus hazañas, modélicas en muchos aspectos, fueron ejemplo a seguir para militares, reyes, nobles y sabios de todos los continentes y todas las épocas. Durante la Edad Media, periodo en que el desarrollo de la cultura escrita comenzó a reactivarse, su influencia en los ámbitos cortesanos fue decisiva: así lo demuestra la reiterada presencia de este personaje en obras de géneros literarios tan distintos entre sí como la historiografía, la lírica, la poesía narrativa o las composiciones sapienciales. Incluso, ya en los Siglos de Oro, Lope de Vega dedicó dos comedias a sus hazañas (*La mayor hazaña de Alejandro Magno* y *Las grandezas de Alejandro*). Su fama y prestigio han llegado hasta nuestros días, en los que es protagonista de numerosas obras literarias y cinematográficas.

El propósito de este trabajo es, justamente, analizar la perspectiva que se ofrece de Alejandro Magno en *Bocados de oro*, una de las obras sapienciales que menos atención ha recibido de la crítica filológica. El género sapiencial conoció un vasto desarrollo durante la Edad Media. Sus raíces, que se hunden en la Grecia clásica (o, incluso, hasta periodos anteriores de la Historia del Hombre), se nutrieron, con el paso de los siglos, de multitud de conocimientos, saberes, culturas y tradiciones que dieron forma, ya durante el periodo medieval, a obras de heterogénea condición que contribuyeron a introducir nuevos conocimientos a la cultura occidental y, con ello, a incrementar la sabiduría del hombre del medievo. Su importancia en aquellos siglos es indiscutible, pues, además de al género sapiencial, poseen numerosos elementos que las inscriben en la tradición de los *specula principis*, lo que propició que muchas de estas obras fuesen utilizadas por reyes y nobles de todo el continente europeo, precisamente, para formarse como aristócratas y gobernantes.

Mi intención, desde que comencé los trabajos de documentación para este trabajo, fue el de conocer de la perspectiva que el hombre medieval pudo poseer de Alejandro Magno. Sin embargo, estas páginas han conocido numerosos cambios desde que sobre ellas tecleé la primera palabra. En

¹ CARLOS GARCÍA GUAL, *Historia del Rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 14.

una primera etapa, mi trabajo se acercó al ámbito de la crítica textual, pues transcribí un manuscrito fragmentario de *Bocados de oro* que había sido encontrado hacía no muchos meses en la Chancillería de Valladolid y que aún permanecía inédito. La noticia —y la posibilidad— me la ofreció el doctor Álvaro Bustos, tutor de este TFM, a mediados de noviembre de 2014. Se trataba del ms. 124 (carpeta 124, folio 13), copiado sobre pergamino y del que se conservaba un único folio, con texto en ambas caras. De fecha desconocida, su estudio ofrecía grandes posibilidades, pues, a simple vista, no difería en mucho de los manuscritos de mediados o finales del siglo XIII. De cumplirse esta datación, el hallazgo sería descomunal, pues se convertiría en el testimonio más antiguo conservado de la obra (analizaré la tradición manuscrita de *Bocados de oro* en uno de los apartados de este trabajo). Su contenido, además, se correspondía con el final del capítulo dedicado a Alejandro Magno de la obra: el rey macedonio acaba de morir y su madre pronuncia un planto ante su sepulcro. Parecía que la investigación avanzaba a buen ritmo, sin embargo, en el mes de febrero de 2015, tuve que paralizar mis indagaciones, pues me llegaron noticias de que acababa de ser publicado un artículo que daba a conocer, precisamente, el hallazgo del ms. 124².

Mi trabajo, carente ya de cualquier justificación, debía dar un giro completo. Fue entonces cuando decidí dejar a un lado los aspectos de crítica textual para que un reducido apartado que había concebido para ese primigenio proyecto adquiriese un mayor protagonismo para convertirse en el tema principal del mismo. Se trataba del análisis de la perspectiva que *Bocados de oro* ofrecía de Alejandro Magno como rey modélico en las armas, pero, sobre todo, como rey sabio. Desde entonces, he ampliado los límites de ese estudio para dar cabida a una mayor cantidad de información histórica, literaria, filológica y sapiencial. No he pretendido en ningún momento ofrecer un panorama crítico exhaustivo de la tradición alejandrina completa durante la Edad Media, pues de dicha tarea ya se han ocupado algunos investigadores reputados y, además, dicha tarea requeriría de años de trabajo intenso, por lo que desborda los límites de un TFM. Esto, además, habría eclipsado el objetivo principal de este estudio, en el que he tratado de descubrir la identidad propia del Alejandro de *Bocados de oro* frente a la del resto de obras medievales que también se refieren a él.

Me gustaría, por último, agradecer a todos aquellos que me han ayudado a lo largo de estos meses a que, al fin, pudiese entregar a las prensas este trabajo. En especial, quiero dar las gracias muy intensamente a Álvaro Bustos, mi tutor, por la gran labor de dirección que ha realizado y por la

² IRENE RUIZ ALBI, «Un fragmento de los *Bocados de Oro* en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid», en *Alma littera. Estudios dedicados al profesor José Manuel Ruiz Asencio*, Valladolid, Ediciones de la Universidad de Valladolid, 2014, pp. 579–593.

grandísima ayuda que me ha prestado no sólo durante estos últimos meses, sino desde que nos conocemos. Agradezco, también, los sabios consejos que Ángel Gómez Moreno guarda siempre para mí, pues de ellos aprendo mucho. Con Juan Carlos Bayo Julve mantengo una gran deuda, pues me ayudó a descifrar la lengua alemana —incomprensible para mí— de las dos ediciones existentes de la obra y, también, a conocer nuevas perspectivas de la Edad Media europea. No puedo olvidarme, tampoco, de Santiago López-Ríos —que contribuyó a que conociese al detalle los requisitos y características que necesita todo trabajo de edición textual—, ni de Álvaro Alonso, cuyas preciosas lecciones y precisas orientaciones bibliográficas han asentado muchas de las bases de este trabajo. Me gustaría, además, hacer público mi agradecimiento a Bárbara, Eva y a mi padre: me han ayudado en todo momento y, sobre todo, han sabido comprender la dedicación y concentración necesaria para elaborar este trabajo.

2. EL SIGLO XIII DE CASTILLA: LAS ARMAS Y LAS LETRAS

2.1. INSCRIPCIÓN DE LOS *BOCADOS DE ORO* EN LA LITERATURA SAPIENCIAL CASTELLANA

Periodo convulso, belicoso y repleto de cambios fue el siglo XIII para la Península Ibérica. Basta tan sólo con fijar la atención en tres hechos de relevancia. A comienzos de dicha centuria (situémosnos, por ejemplo, hacia 1212, año de la batalla de Las Navas de Tolosa), los territorios de Al-Ándalus se extendían por zonas situadas más allá del norte de Córdoba, que continuaba siendo una de las ciudades más florecientes del mundo musulmán a pesar de la derrota almohade; León y Castilla aún conformaban reinos independientes y enfrentados entre sí; el latín, lengua oficial de la administración, era utilizado de forma exclusiva en todo tipo de documentos, órdenes y códigos legales. Tan sólo cuarenta años más tarde (hacia 1250), el panorama era ya del todo diferente: Córdoba, Sevilla y Cádiz formaban parte de la Cristiandad (desde, respectivamente, 1236, 1248 y 1250, cuando fueron conquistadas por Fernando III); el poderoso reino de Castilla y León había nacido tras la muerte de Alfonso IX de León en 1230 y, por último, la lengua romance había comenzado ya a ser utilizada desde el reinado de Fernando III (1217-1252) en ciertos ámbitos oficiales y legislativos.

Tal cantidad de cambios había de manifestarse con fuerza en la vida del hombre medieval castellano. Hasta ese momento, la proximidad espacial que siempre había existido entre musulmanes y cristianos en la Península Ibérica no había encontrado un reflejo claro en el ámbito literario culto³. Los primeros intercambios culturales entre judíos, musulmanes y cristianos, de hecho, comenzaron ya entre el siglo XII y comienzos del siglo XIII⁴. Deyermond denomina a este periodo el «renacimiento cultural del siglo XII», momento en que aumentó la difusión de la cultura en lengua latina y comenzaron ya a atisbarse los primeros cambios en la mentalidad de la aristocracia europea. Describe a Castilla, por el contexto de continuas guerras en el que se encontraba, como un territorio menos avanzado en el cultivo de las letras que otros países europeos, como Francia o Inglaterra⁵. Exceptúa, sin embargo, la «traducción al latín de obras cultas del árabe

³ Obvio, en este sentido, las evidentes y continuas influencias que sí se dieron en todo tipo de composiciones tradicionales con anterioridad (jarchas, cantigas de amigo, villancicos, etc).

⁴ En estos primeros años del siglo XIII fueron fundadas por Alfonso VIII y Alfonso IX las universidades de Palencia (1208) y Salamanca (1218). La denominada «Escuela de Traductores de Toledo» había comenzado ya sus trabajos durante el siglo XII. El asunto es analizado exhaustivamente en: JOSÉ S. GIL, *La escuela de traductores de Toledo y sus colaboradores judíos*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (CSIC), 1985.

⁵ «Si exceptuamos el campo de las traducciones, los rasgos típicos del renacimiento del siglo XII no aparecieron en España hasta el siglo XIII». ALAN DEYERMOND, *Historia de la literatura española I: La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1973, p.104.

principalmente, pero también del griego y del hebreo»⁶, que en este siglo se desarrollaron intensamente en España e Italia. Sin embargo, las recientes anexiones que Castilla había conseguido en Murcia y Andalucía a costa de los antiguos reinos islámicos supusieron un fuerte intercambio cultural que terminó por trasvasar muchos de los conocimientos musulmanes al saber cristiano. A ello se le añadieron los cambios políticos, económicos e ideológicos del momento; propiciaron, a su vez, la renovación del modo de gobernar al reino y sus súbditos. Por lo tanto, es fácil comprender que los vastos conocimientos del Islam, que tanto desarrollo habían conocido en las zonas del centro y el sur de la Península, pasasen a los cristianos a través de traducciones directas del árabe al castellano (que, posteriormente, sería traducido al latín). Al fin y al cabo, muchos musulmanes eran ya súbditos del rey de Castilla.

La rica producción cultural de Oriente llegó, pues, a Occidente. Además de lo referido anteriormente, fue quizás el cambio de mentalidad respecto de la cultura que experimentaron las élites políticas de Castilla lo que propició esta nueva actitud ante el conocimiento. Nobles y reyes fueron conscientes de lo beneficioso que resultaría conciliar la labor militar con el culto a las ciencias y las letras (hasta el momento, desarrolladas de una manera más exclusiva en los ámbitos eclesiásticos), pues ello les permitiría convertirse en mejores gobernantes. La figura clave de este proceso es el rey Alfonso X (1252-1284), un monarca convencido de que el saber debía ser accesible a todos los hombres, pues ello permitiría que el reino mejorase. Creía, asimismo, que un rey, por la responsabilidad que tenía sobre sus súbditos, debía buscar siempre la adquisición de nuevos conocimientos. Según la concepción medieval, el saber es una entidad cerrada y completa a la que no es posible añadir nuevos conocimientos, pues todo ha sido ya estudiado por los grandes pensadores de la Antigüedad y la Alta Edad Media. Por lo tanto, el problema que se plantea no tiene tanto que ver con el proceso investigador, sino con el modo en que poder transmitir sin errores o pérdidas esa cadena de conocimientos ya establecidos, existentes desde hace siglos. Así, ¿dónde podrían hallarse ocultos estos saberes con los que convertir a los hombres en sabios? Las obras orientales, depósito durante años de gran parte de la producción realizada durante la antigüedad clásica (además de su propia producción cultural), se convierten en la respuesta. Así lo reconoce José S. Gil:

Los árabes, con su capacidad receptora y sincrética, eran los depositarios del saber griego: Ptolomeo, Aristóteles, Platón, Euclides, Galeno, etcétera, recogido en sus contactos con los bizantinos, y de la ciencia india que recibieron, junto con la persa, en el oriente; así, filosofía y didáctica, matemáticas,

⁶ A. DEYERMOND, *ob. cit.*, p.103.

astronomía, astrología, geometría y medicina quedaron unidas en un corpus científico. La llama de la ciencia que ellos recogieron casi apagada quedó avivada y engrandecida, llegando a ser la antorcha de la sabiduría [...].⁷

Así pues, los sabios musulmanes atesoraban unos amplios conocimientos en los ámbitos de la Ciencia y la Filosofía que estaban, en muchos casos, más avanzados que los que poseían los cristianos. Sin embargo, el saber musulmán no sólo bebió de las fuentes occidentales clásicas; recibió asimismo los avances descubiertos en lugares tan alejados de Europa como Persia o la India. De hecho, la práctica totalidad de colecciones de cuentos orientales son originarios de estas tierras —aunque en muchas de ellas son muy perceptibles los ecos clásicos—. Además de estos influjos, la cultura conoció un vasto desarrollo de forma autónoma en tierras que pertenecían o habían pertenecido a los territorios del Islam. Es el caso de ciudades con pasado islámico como Córdoba, Toledo o Sevilla que, después de ser conquistadas por el Reino de Castilla, continuaban siendo depositarias de este gran conglomerado de conocimientos, ignorados muchos de ellos por la cultura cristiana.

Se entiende, ahora sí, el gran interés que suscitó a los castellanos del siglo XIII la traducción de obras escritas en árabe o hebreo⁸, pues se encontraban ante una posición inmejorable (por la proximidad que existía en la Península entre las tres grandes culturas del mundo medieval) de recuperar saberes perdidos desde hacía siglos. La lengua arábiga se erigió, pues, en el puente que permitiría las traducciones de nuevos y antiguos saberes al castellano y al latín.

2.2. FUENTES: INFLUJO INFLUJO CLÁSICO E INFLUJO ORIENTAL

Este renovado interés por la cultura no puede explicarse únicamente como simple tentativa por mejorar el gobierno de los reinos. De hecho, los sabios veían en el conocimiento un fin mucho más puro y legítimo que éste; para ellos, el saber conecta y acerca al hombre a Dios, pues ha sido Dios el que le ha dado al hombre el don del seso y la capacidad del entendimiento⁹. Así, si el

⁷ J. S. GIL, *ob. cit.*, p. 20.

⁸ En general, durante el siglo XII las traducciones se hicieron directamente del árabe o hebreo al latín; fueron mayoritarias en este periodo las obras de carácter filosófico. Ya en el siglo XIII, cuando una gran parte de los antiguos reinos musulmanes pasaron al control de Castilla, comenzaron a extenderse las traducciones del árabe o hebreo al castellano, sobre todo de libros científicos. Puede ser consultado en: J. S. GIL, *ob. cit.*, pp. 19-24.

⁹ Aclaratorias son, al respecto, las palabras de A. RIVERA GARCÍA, «*Bocados de Oro* y la literatura sapiencial en tiempos de Alfonso X», Biblioteca Saavedra Fajardo (edición digital), p. 4: «La literatura sapiencial suele distinguir entre el seso o entendimiento, que es un don de Dios, y el saber que adquiere uno por sí mismo, como se dice una vez más en *Bocados*: “Los sesos son donadios de Dios. Los saberes ganan los hombres por sí”».

hombre centra sus esfuerzos en adquirir más sabiduría, se aproxima al mismo tiempo a la salvación del alma y la pureza de espíritu. Es ésta una concepción muy relacionada con el pensamiento musulmán. Esta influencia no supone excepción, pues la labor traductora de Castilla incluyó obras propias a la religión y doctrina islámicas, como la *Escala de Mahoma*, que para los cristianos supondría una forma de conocer mejor y más profundamente la «religión de los infieles», por lo que su lucha sería más fácil y efectiva.

De esta suerte, los sabios castellanos encontraron en las obras literarias árabes amplios conocimientos con los que enriquecer su propia cultura. Sin embargo (y de un modo singular), el trasvase de obras orientales había comenzado ya durante el siglo anterior (el siglo XII) cuando Pedro Alfonso compuso en latín su *Disciplina clericalis* a partir de diversas fuentes de origen clásico y oriental. Este primer ejemplario obtuvo una gran relevancia y difusión por toda Europa, precisamente, por estar escrito en lengua latina.

A pesar de que, desde nuestra perspectiva hispanista *Bocados de oro* posee una evidente procedencia árabe, lo cierto es que sus raíces originales llegan hasta niveles más profundos que los pueden rastrearse a simple vista. Rodríguez Adrados, al respecto, trata de demostrar el error que muchos filólogos han cometido al considerar a cuatro de las más conocidas obras sapienciales, traducidas en la Castilla del siglo XIII del árabe al castellano —*Libro de los Buenos Proverbios*, *Poridat de las Poridades*, *Bocados de oro* y la *Historia de la donzella Teodor*—, como genuinamente orientales:

Son, a su vez, traducciones del griego, según nos dicen los traductores árabes de dos de ellas y se infiere fácilmente para las otras dos. [...] Por ello, son completamente inexactas, en libros y artículos sobre la literatura castellana, las repetidas afirmaciones del «influjo árabe» u «oriental»: es influjo griego.¹⁰

Bastante certero; verdaderamente, Rodríguez Adrados respalda sus afirmaciones con multitud de argumentos históricos y filológicos y evidencia el origen griego de estas obras a partir de su contenido. Elabora, también, un completo análisis de la evolución que siguieron diferentes obras, materiales o temas desde la cultura griega clásica, con pasos intermedios en el periodo helenístico, o en las literaturas latina y bizantina, deudora de ambas. No quiere decir con ello que obras como

¹⁰ FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS, *Modelos griegos de la sabiduría castellana*, Madrid, R.A.E., 2001, p.16.

Bocados de oro fuesen escritas y concebidas ya en la Grecia clásica¹¹ tal y como ahora las conocemos; lo que pretende explicar es que las obras sapienciales son fruto de una evolución que comenzó precisamente en ese momento, con materiales hoy perdidos o desconocidas para nosotros, pero que continuó su camino a lo largo de los siglos, cuando romanos, bizantinos, egipcios, persas, indios, sirios y árabes contribuyeron a su difusión mediante labores de traducción y copia. Cada una de estas culturas receptoras incorporaría al corpus sapiencial algunos de sus elementos propios hasta que se produjesen las traducciones árabes entre los siglos IX y XI. El sirio al-Mubashshir, por ejemplo, escribió *Bocados de oro* en el siglo XI, sea como traductor, compilador o autor. De hecho, la propia idiosincrasia de la literatura sapiencial, dada la gran cantidad de máximas, sentencias, vidas de sabios y filósofos, anécdotas, fábulas y diálogos que acoge y de la gran cantidad de lenguas en que está escrita, favorece que se produzcan constantes contaminaciones y trasvases entre las diferentes colecciones en cada uno de los momentos de copia y traducción. La versión de al-Mubashshir sería la que llegaría más de un siglo más tarde a la Península.

La mayor dificultad existente es la de separar los elementos originales griegos del resto de adiciones —bizantinas, árabes y castellanas— que se han ido superponiendo con el paso de los siglos hasta llegar a la versión castellana del siglo XIII. Según el estudio de Rodríguez Adrados, «el olvido de la antigua Grecia, el ambiente monárquico y cristiano nos llevan, efectivamente, a Bizancio y, concretamente, a sus círculos eclesiásticos»¹². En efecto, el lector se introduce en una narración que parece, más bien, desarrollarse entre palacios, ordenadas expediciones y gentes de saber que en un contexto de guerra del siglo III a. C., en el que los usos y costumbres de los militares habrían de ser bastante diferentes. Parte de los elementos cristianos que posee la obra, por lo tanto, se incorporarían en este momento, que podría fecharse en torno a los siglos VI o VIII d.C.¹³

Dos grandes hitos pueden ofrecer pistas al respecto: en primer lugar, la labor de la escuela de traductores de Bagdad (primera mitad del siglo IX), realizada por un círculo de cristianos y «adeptos al zoroastrismo»¹⁴ (formalmente, musulmanes), que tradujeron directamente obras griegas llegadas

¹¹ Rodríguez Adrados, incluso, retrasa el origen de muchos de los materiales que más adelante formarán el corpus sapiencial hasta la época de esplendor de Babilonia: «Esta literatura sapiencial la encontramos en Mesopotamia (desde los sumerios) y Egipto, luego en la Biblia, en Grecia en todas las épocas, también en la India y en Persia. De Grecia y la India (vía Persia) llegó una doble tradición al mundo árabe de Bagdad (luego de Egipto, etc.) y de aquí ya sabemos que a Castilla, luego a toda Europa. Pasó también a Siria (desde el griego o desde el árabe), a Armenia y Etiopía y a los pueblos eslavos. Pero también hay la tradición que va de Grecia a Occidente a través del latín». RODRÍGUEZ ADRADOS, *ob. cit.*, p. 19.

¹² *Id.*, p. 121.

¹³ La fechación es fácilmente justificable, pues «las traducciones al siríaco y el árabe comenzaron ya en los siglos VII y VIII, con los omeyas y los primeros abbasidas». El autor ofrece ciertas alusiones a la construcción de mezquitas o el auge de los iconoclastas como respaldo de estas afirmaciones: RODRÍGUEZ ADRADOS, *ob. cit.*, p. 121.

¹⁴ *Id.*, p. 23.

desde Bizancio; y, en segundo término, la de otros autores pertenecientes al ámbito del califato fatimida del Cairo¹⁵ (siglo XI), que trabajaron a partir de obras escritas en árabe o siríaco. La producción cultural de ambas «escuelas», escrita ya sí en árabe, llegó a la Península a través del mundo islámico en los siglos XII y XIII (existe, además, una tercera corriente, la bizantino-latina, desde la que también llegaron materiales sapienciales a Castilla).

Las traducciones del árabe al castellano tienen su punto de inicio en 1251, año en que está fechada la traducción del *Calila e Dimna*, la primera de las colecciones de cuentos orientales que llegó a nuestras letras. Dos años más tarde (1253), el infante Fadrique de Castilla ordenó traducir el *Sendebär*, recopilación de cuentos de fuerte carácter misógino. También de mediados del siglo XIII o, quizás, ya de comienzos del XIV, sería la redacción original del *Barlaam e Josafat*. Estas tres recopilaciones, producidas en fechas tan parejas, coinciden en estructurar y ensamblar los cuentos en torno a un marco narrativo determinado. Supuso, en su momento, una auténtica revolución para la literatura española, ya que se convirtió en una alternativa a los simples listados de ejemplos extendidos en el ámbito clerical. El marco, por su parte, era capaz de dotar de coherencia y cohesión a un conjunto de *exempla* que, en muchas ocasiones, únicamente compartían su finalidad didáctica. Sin embargo, la importancia de este marco narrativo irá decayendo progresivamente con el paso del tiempo hasta quedar, casi, como un mero testimonio, apenas esbozado.

Ahora bien, ¿qué son los *exempla*? Para tratar de determinar el alcance y uso de este término tan extendido en la crítica literaria referente a la Edad Media me referiré, fundamentalmente, a la precisa información que María Jesús Lacarra recogió en su *Cuentística medieval en España: Los orígenes*, donde se ocupa de un modo más amplio del análisis de este asunto¹⁶. El origen del término *exemplum* se encuentra en las parábolas bíblicas y en la oratoria clásica, en la que se entendía como tal al «autor de una conducta ejemplar o la acción en sí, para terminar aludiendo a la narración de ese hecho»¹⁷. Esta *imitatio* de modelos perfectos (que será premisa fundamental, más adelante, de la literatura medieval europea) se convirtió en uno de los argumentos de mayor peso para los oradores. Podían ser simples dichos, frases o máximas pronunciadas por un personaje célebre o admirable, pero también narraciones breves de momentos clave de su vida: todas ellas contaban con un fin (demostrar algo) o un afán didáctico (enseñar algo). Los ejemplos alegóricos,

¹⁵ *Id.*, p. 25.

¹⁶ No querría abandonar el contexto castellano, pues excede el fin de este trabajo dar explicación de los orígenes de la literatura sapiencial europea. Por ello, obvio las polémicas acerca de la procedencia de los *exempla*, su recorrido en las tradiciones clásicas y orientales y las implicaciones del didactismo; todo ello puede ser consultado en: M. J. LACARRA, *Cuentística medieval en España: Los orígenes*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza, 1979.

¹⁷ M. J. LACARRA, *ob. cit.*, p. 42.

como los ofrecidos en las fábulas de animales de la antigua Grecia, tampoco eran ajenos a esta tradición. A lo largo de este trabajo, veremos cómo este tipo de *exempla* tienen cabida en los *Bocados de oro*, enhebrados junto a las biografías y hechos de los principales sabios de la Antigüedad.

Sin embargo, en la Edad Media el uso de la palabra *exemplum* o *enxiemplo* (en castellano medieval) se amplió hasta acoger en él a multitud de narraciones cortas que compartían la finalidad de estos *exempla* clásicos, como su tono alegórico, pero cuyo origen podía ser ya muy diverso (islámico, judaico, romance, anglosajón, etc). En el continente europeo, todos ellos pasaron a ser utilizados de forma habitual por predicadores y sacerdotes en sermones y aleccionamientos (aunque tampoco era extraño que se recurriese a ellos en los ámbitos docentes) ya desde el siglo XIII, por influencia directa de las directrices impuestas por el Concilio de Letrán (1215). En él, se instó a los hombres de iglesia a que instruyesen al pueblo, en su mayoría analfabeto, para lo que recurrieron a los ejemplos, que encerraban un contenido didáctico y moral dentro de unas formas de apariencia amena, sencilla y colorista que conseguían captar la atención del público, pero que al mismo tiempo le enseñaban provechosas costumbres o dignos ejemplos a imitar. Proliferaron las recopilaciones de *exempla* en lengua latina y romance hechas por los mismos clérigos que después las utilizarían en los actos litúrgicos.

Tal y como ha quedado de manifiesto, las colecciones de cuentos no fueron la única manifestación que conoció la literatura sapiencial en Castilla. Su otra gran vertiente estaba constituida por compilaciones de sentencias y máximas atribuidas a los grandes sabios de la Antigüedad (la mayoría del ámbito grecolatino) y que podían ser utilizados, al igual que los cuentos, para una gran variedad de asuntos por predicadores y sacerdotes en sus sermones.

Hoy conservamos un gran número de manuscritos e impresos de estas obras sapienciales, lo que evidencia que conocieron una gran difusión durante la Edad Media. Ahora bien, ¿por qué gustaron tanto? Probablemente, su éxito residiera en la combinación de varios factores. Así, la concepción de gran parte de estas colecciones como espejos de príncipes no sólo facilitó su buena conservación en manuscritos de calidad y bibliotecas de importancia; también hizo que reyes y nobles se mostrasen dispuestos a promocionar su copia, pues eran entendidos como útiles y valiosos tesoros de sabiduría (no eran simples tratados ficcionales, sin provecho para el alma). Asimismo, la innovación que supuso el marco narrativo, apenas desarrollado hasta entonces, los convirtió en textos más accesibles y amenos.

Su contenido, procedente de tradiciones clásicas, orientales y paganas, no supuso un impedimento para la difusión de estas obras, pues era fácilmente adaptable a la cultura cristiana.

Quizás, el carácter breve que impera en todas estas composiciones ayudó a que su difusión fuese sencilla, pues no era extraño que muchos cuentos se trasvasasen de unas colecciones a otras. En este sentido, obras como el *Libro de Alexandre* o los *Bocados de oro* fueron, en la época, auténticos espejos de príncipes. En ellos había de buscar ejemplo cualquier joven príncipe, pues le proporcionaría los conocimientos y habilidades necesarias para, en el futuro, hacer frente a sus obligaciones como aristócrata.

Por todo esto, el hombre medieval quedó fascinado por el ejemplo en el que se convirtió la vida, carácter y hazañas de Alejandro Magno: sagaz estratega, valiente soldado y sabio gobernante. Se explican, así, la multitud de obras que surgieron en torno a su figura, más allá de la literatura sapiencial y en una amplia variedad de lenguas (árabe, latín, castellano, francés, inglés, etc). Incluso, la soberbia con que se le caracterizó y que le condujo a la muerte, fue en sí misma otro ejemplo de los límites que el hombre sabio que aspire a la aprehensión del conocimiento debe respetar si pretende seguir el camino que conduce a Dios.

3. BOCADOS DE ORO

3.1. LA OBRA: ORÍGENES Y VERSIONES CASTELLANAS

Bocados de oro fue traducido del árabe al castellano durante la segunda mitad del siglo XIII (entre 1260 y 1280¹⁸). Tal y como asegura Gómez Redondo en su estudio de la obra, «se sabe que es una traducción literal de un original árabe, enteramente fiel al modelo creado, en la mitad del siglo XI, por el médico y filósofo sirio Abu l-Wafa' al Mubashshir ibn Fatik (1019-1097), quien se apropia de escritos de la baja antigüedad clásica»¹⁹. Estos escritos que sirven de punto de partida para crear la versión original de los *Bocados de oro* son, entre otros, la recensión α del *Pseudo Calístenes* y algunos materiales procedentes del *Secretum secretorum*²⁰.

Al *Pseudo Calístenes* le dedicaré un estudio en detalle más adelante, inserto en el panorama que elaboro respecto a las fuentes griegas y latinas de los hechos de Alejandro Magno. Por su parte, el *Secretum secretorum* fue en la Edad Media una de las obras más prestigiosas y valoradas: ello se debe a que recogía las enseñanzas con las que Aristóteles supuestamente guió la educación de Alejandro durante su juventud. Es, por lo tanto, una obra perteneciente al género de los espejos de príncipes que concede, además, una gran importancia a la labor de Aristóteles como preceptor de Alejandro, que debería parte de su inteligencia y sabiduría a su maestro. Procede del *Sirr-al-'asrâr*, obra en lengua árabe de cuya existencia se tiene ya constancia desde el año 975, gracias a la mención que de ella hace Ibn Gulul en su *Tabaqât-al-'attibba' wa-l-hukamâ*²¹, escrito en esa fecha. Al parecer, puede ser de origen egipcio²², igual que el *Pseudo Calístenes*.

Del *Sirr-al-'asrâr*, derivan dos ramas diferentes: la SS/A, que da origen a mediados del siglo XIII al *Poridat de las poridades*, en castellano; y la rama SS/B, en la que se incluye la traducción entre 1109 y 1130 al latín de Juan de Sevilla y la que el misterioso Felipe de Trípoli realizó también durante el siglo XII, que gozó de una enorme difusión²³ (el *Poridat de las poridades*, al estar escrito

¹⁸ MARTA HARO CORTÉS, *Literatura de castigos en la Edad Media: libros y colecciones de sentencias*, Madrid, Ediciones Laberinto, 2003, p. 25.

¹⁹ FERNANDO GÓMEZ REDONDO, *Historia de la prosa medieval castellana, vol. I: La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 455.

²⁰ Estos datos proceden del excelente y ya clásico *The Medieval Alexander*, obra de George Cary en la que el autor ofrece un detallado panorama de las distintas derivaciones y trayectorias que conoció la figura de Alejandro Magno en la literatura medieval europea. Ver en: GEORGE CARY, *The Medieval Alexander*, New York & London, Garland, 1987, p. 22.

²¹ PSEUDO-ARISTÓTELES, *Secreto de los secretos y Poridat de las poridades*, (ed. Hugo Bizzarri), Valencia, Universidad de Valencia, 2010, p. 14.

²² RODRÍGUEZ ADRADOS, *ob. cit.*, p. 32.

²³ PSEUDO-ARISTÓTELES, *ob. cit.*, pp. 15-16.

en castellano, tuvo una repercusión más limitada al ámbito peninsular). De hecho, es «el texto medieval del que se conservan más manuscritos (más de 250)»²⁴; incluso, puede resultar sorprendente saber que fue copiado con mayor frecuencia que las obras auténticas de Aristóteles. Desde luego, pocos tratados serían más apetecibles para el sabio medieval que las supuestas enseñanzas con que Aristóteles —uno de los más grandes eruditos— «castigó» y aconsejó a Alejandro Magno —el ejemplo de rey perfecto, que aunó *fortitudo* y *sapientia* y logró gobernar sobre una gran extensión de reinos—. Incluye, además, un buen número de «conocimientos militares, políticos, sanitarios, alquímicos y numerológicos»²⁵. El autor sirio de los *Bocados de oro*, por el mismo motivo, decidió utilizarlo como fuente (manejaría, eso sí, el *Sirr-al-‘asrâr*, árabe) para las máximas y sentencias que incluye en los capítulos dedicados a estos dos personajes históricos.

Sin embargo, dado que no sabemos qué fue del manuscrito castellano original de los *Bocados de oro* —las versiones más antiguas conservadas fueron copiadas durante el siglo XV—: ¿puede ser considerada correcta la datación de la obra hacia el siglo XIII? No hay espacio para el error, ya que, además de la inserción de la obra en el contexto castellano del siglo XIII (momento tan propicio, como hemos visto, para la traducción y difusión de obras sapienciales), otro hecho refuta esta hipótesis: a finales de este mismo siglo, Giovanni de Procida tradujo la versión castellana al latín en su *Liber philosophorum moralium antiquorum*. Su análisis, por lo tanto, resulta relevante, pues es la versión más próxima al manuscrito original castellano, hoy perdido. Las versiones conservadas nos han llegado a través de veintidós manuscritos²⁶ (algunos fragmentarios) y cuatro ediciones impresas²⁷ de los siglos XV y XVI. Tal cantidad de testimonios demuestran que *Bocados de oro* fue muy difundido durante la Edad Media.

Existen dos redacciones distintas de la obra. La versión original (recogida en *D, m, h, g, p, o, n, q*), más próxima al testimonio árabe y conocida como *Bocados de oro*, no incluye introducción ni

²⁴ M. A. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, «La realeza sapiencial y el ciclo del Alexandre medieval: tradición gnómica y arquetipos políticos en el occidente latino (siglos XII y XIII)», en *Historia, instituciones, documentos*, nº 26, 1999, p. 486.

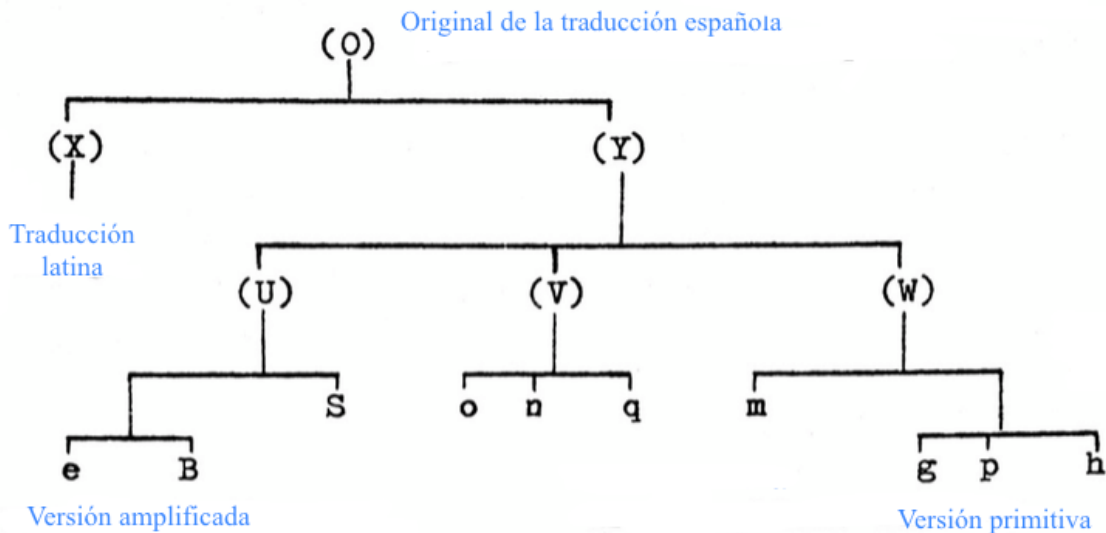
²⁵ *Id.*, p. 487.

²⁶ Cito, sintéticamente, la explicación que Marta Haro ofrece al respecto: «La importancia de los *Bocados de oro* se atestigua de forma inmediata por el gran número de manuscritos y ediciones que se han conservado, a modo de sumario: *m* (Biblioteca Universitaria de Salamanca, número 1866), *h* (Biblioteca de El Escorial, h.III.6), *g* (Biblioteca Nacional de Madrid, número 17853), *e* (Biblioteca de El Escorial, e.III.IO), *B* (Biblioteca Nacional de Madrid, número 9204); ediciones S (Sevilla 1495), T (Toledo 1510), V (Valladolid 1527)». MARTA HARO, «Un nuevo testimonio fragmentario de los *Bocados de oro*», *Revista de Literatura Medieval*, pp. 9-25, Alcalá de Henares, 1996, p. 12.

²⁷ A las ediciones antiguas citadas en la nota anterior por Marta Haro (Sevilla, 1495; Toledo, 1510 y Valladolid, 1527) hay que añadir otra impresa en Toledo en 1502. Francisco Crosas da noticia, además, de otras dos ediciones aún no recuperadas: «una del siglo XVI y otra de 1605». Véase en: FRANCISCO CROSAS LÓPEZ, «Fragmentos de *Bocados de oro* en un manuscrito de la Real Academia de la Historia», *Revista de Filología Española*, LXXX, 1.º-2.º, pp. 5-30, Madrid, 2000, p. 5.

títulos antes de cada capítulo. Por su parte, la versión ampliada (*e, B, F, R; S, V, T*) añade otros siete capítulos al comienzo de la obra. En ellos es narrado el viaje que el rey Bonium emprende a la India con el fin de ampliar su conocimiento y convertirse en discípulo de los sabios indios, los más famosos y reputados del momento. Por ello, estas versiones son conocidas como *Bonium*. La finalidad de este marco introductorio no es otra que la de dotar al conjunto de una mayor narratividad y justificar, así, la posterior presentación de los distintos sabios, con sus respectivas biografías, máximas y sentencias. Además, facilita la labor del lector, al que le será posible extraer el contenido didáctico de un modo más evidente, pues cuenta con el ejemplo del rey Bonium, que podría ser considerado, de esta manera, como la personificación del lector dentro de la propia obra literaria. En adición, estos siete capítulos refuerzan la adscripción de los *Bocados de oro* o *Bonium* al género de los espejos de príncipes (al que ya pertenecía originalmente), pues evidencian aún más el propósito de la obra, que no es otro que describir el modelo perfecto de monarca sabio y audaz.

Incorporo, a continuación, el *stemma* propuesto en 1971 por Crombach traducido al español²⁸. En él, queda claro el devenir textual que siguieron los distintos testimonios de la obra: la «traducción latina» se refiere a la versión de Giovanni de Procida; la «versión ampliada», a los manuscritos del *Bonium*; la versión primitiva, a la rama que no añade esos siete capítulos introductorios.



²⁸ MECHTHILD CROMBACH (ed.), “*Bocados de oro*” Kritische Ausgabe des altspanischen Textes, Bonn, Romanisches Seminar der Universität Bonn, 1971, p. XXI.

3.2 ESTRUCTURA DE LA OBRA

Los *Bocados de oro*, al igual que el resto de obras de temática sapiencial, cuentan con una estructura²⁹ subordinada a amenizar y simplificar el proceso de adquisición del saber al lector. Así, su lectura se convierte en un viaje iniciático que se emprende sin más herramienta que el conocimiento, pero que culmina en dos hitos: la aprehensión de la máxima sabiduría y, por ende, el encuentro con Dios, directamente causado por lo anterior.

A lo largo de veinticuatro capítulos, la obra presenta a distintos sabios y grandes personajes de la Antigüedad, relevantes por las aportaciones que hicieron a la Humanidad en distintos ámbitos. Así, aparecen filósofos como Platón o Aristóteles, médicos como Galeno o Hipócrates, literatos como Homero, astrólogos como Ptolomeo e, incluso, un conquistador como Alejandro Magno. Por ello —y para facilitar esta empresa—, los *Bocados* están agrupados, en un primer nivel de organización, en torno a tres núcleos conceptuales claramente delimitados, pertenecientes todos ellos a la esfera del saber. Estos siguen, además, una ordenación cronológica: las primeras biografías y sentencias son las pronunciadas por Sed, antiguo sabio egipcio; se siguen las de Sócrates, Aristóteles o Alejandro Magno, entre otros, hasta llegar al emperador romano Galieno. Algunas de ellas, además, están interrelacionadas entre sí, lo que otorga al conjunto de una mayor coherencia y cohesión.

Los problemas que surgen en torno a la adquisición del conocimiento —tema obsesivo para las obras sapienciales— es el primero de estos tres núcleos conceptuales (que se corresponde con los primeros ocho capítulos). Se analiza, entre otros asuntos, la definición del saber, la relación del saber con respecto del mundo, el valor que la palabra desempeña en los procesos cognitivos o la influencia que los maestros mantienen sobre sus discípulos. En los siguientes seis capítulos la reflexión se centra en los posibles modos concretos de realización de ese saber. Es este ya un ámbito bastante más apegado a la realidad y, desde luego, mucho menos abstracto. De ello derivan otros dos temas: el desprecio del mundo (cuyo mayor defensor es Diógenes) y los modos en que es posible cumplir con los deberes morales y estamentales (Alejandro Magno, como gran conquistador y ejemplo de gobernante sabio, es el encargado de mostrar cómo ha de comportarse un rey respecto de su reino y sus súbditos).

El tercero y último de estos núcleos conceptuales conecta con el comienzo de la obra y trata de dar cuenta de las distintas formas en las que es posible conservar el saber adquirido. La búsqueda de Dios (Longinem, por ejemplo, filosofa sobre el «seso» como instrumento que conduce al hombre

²⁹ Sintetizo, en este apartado, el magnífico estudio que realiza Gómez Redondo y añado algunas conclusiones propias. Véase en: FERNANDO GÓMEZ REDONDO, *ob. cit.*, pp. 458-463.

a Dios) ha de convertirse en el fin último de todo sabio. Por su parte, la relación que se establece entre el «seso» y el saber (Medargis cree que el saber es el fundamento del linaje, la nobleza y, por lo tanto, del mundo al completo) recibe una atención especial, pues ayuda al hombre en este singular proceso de aprendizaje. Quizás, la síntesis que Gómez Redondo ha elaborado sobre este asunto ayude a comprender lo expuesto de forma más sencilla: «En el fondo, *Bocados de oro* se resume en una idea muy sucinta: el "saber" es el único cauce para conocer el "mundo" y poder llegar a Dios desde el "seso" adquirido». ³⁰

La división en veinticuatro capítulos, inserta en los anteriores núcleos conceptuales, es el segundo componente que ordena los *Bocados de oro*. Cada uno de ellos está dedicado a un sabio o filósofo, salvo los dos últimos, que poseen un carácter misceláneo; unos de nombre conocido, otros anónimos. La extensión de los mismos es sistemáticamente irregular, lo que facilita que se otorgue un protagonismo especial a los personajes de mayor relevancia (Sócrates, Platón, Aristóteles y Alejandro Magno). De este modo, cada capítulo acoge en su interior sentencias y diálogos de distinta índole ³¹, que se convierten en el auténtico motor que permite avanzar en el proceso cognitivo y argumental de la obra. Siguen todas ellas un orden temático perfectamente calculado que busca hacer progresar el ya mencionado proceso de aprendizaje.

3.3. BIOGRAFÍAS Y RETRATOS: DOS HERRAMIENTAS DIDÁCTICAS

Los capítulos de los *Bocados de oro*, además de por su contenido sapiencial, están caracterizados por las biografías y retratos que incorporan al comienzo sobre cada uno de los personajes protagonistas. Estas biografías desempeñan una clara función didáctica, pues pretenden dar noticia de los hechos que sucedieron durante la vida de estos hombres para crear, así, una imagen de la que pueda extraerse con facilidad un modelo de conducta. Es ésta una técnica de origen clásico, pues fue ya utilizada, por ejemplo, por Plutarco o Valerio Máximo ³² en sus obras: «Era habitual la invención de detalles adicionales que servían para condimentar un episodio de tal forma que encajara mejor dentro del esquema general de la trama histórica establecida o dotar a un personaje de determinados comportamientos que se ajustaran al carácter general con el que se le

³⁰ GÓMEZ REDONDO, *ob. cit.*, p. 461

³¹ Los diálogos pueden desarrollarse entre un maestro y su discípulo, o bien entre un sabio y otro hombre cualquiera. En cualquier caso, su finalidad es claramente didáctica y aleccionadora.

³² Guardan estas biografías y dichos una gran relación con el contenido de la obra *Factorum et dictorum memorabilium* de Valerio Máximo. Estos *dicta* y *facta* refuerzan y potencian el contenido didáctico de la obra. Gómez Redondo expone de forma mucho más detallada a lo largo del capítulo dedicado a los *Bocados de oro* las implicaciones que esto tiene en la estructura de la obra. Ver en: GÓMEZ REDONDO, *ob. cit.*, pp. 455 - 470.

había definido, cruel, generoso, intrigante, valeroso...».³³ Se refuerza de este modo la validez y veracidad de los dichos con los que después será «castigado» el lector. En el caso del relato de la vida de Alejandro Magno en los *Bocados de oro*, presenta episodios que, sin duda, fueron inventados o exagerados para potenciar su eficacia didáctica. Así, su supuesto origen divino, su nacimiento entre señales prodigiosas o su premonitoria educación en la juventud se justifican como los primeros elementos constituyentes del proceso de formación del héroe³⁴. Resulta, por lo tanto, relevante dar una explicación exacta de estos procedimientos didácticos, pues conforman, junto a las sentencias y diálogos, uno de los núcleos más importantes de los *Bocados de oro*.

Las biografías siguen un esquema prefijado³⁵. En primer lugar, se ofrece una explicación etimológica del nombre del personaje (lo que está relacionado con la identificación utilizada en la tradición escolástica, que une el nombre propio a las características de la persona), junto a un estudio de su linaje y del periodo de formación que experimentó. Después, se describen las hazañas conseguidas por el personaje, tanto en el plano intelectual (aportes y hallazgos que han hecho progresar el conocimiento humano en cualquier disciplina) como en el militar (como es el caso de las vastas conquistas de Alejandro Magno) para mostrar su sabiduría y aptitudes: «Es, pues, un modo de legitimar la integridad de conducta, al tiempo que se dinamiza la exposición y se huye de una mera sucesión de datos descriptivos»³⁶. Tras esto, se incluyen anécdotas extraídas de la vida del personaje en cuestión, que ayudan a esbozar en el lector un tipo determinado de imagen del sabio y ejemplifican los saberes y el entendimiento que éste atesora. La biografía concluye con la mención a la edad a la que murieron los sabios o con la descripción de algún hecho relevante relacionado con la misma. Sucede, por ejemplo, tras la muerte de Alejandro Magno, momento en que su madre Roquia pronuncia un planto frente a su ataúd de oro y organiza, por expresa voluntad del recién fallecido emperador, un convite al que no acude ningún invitado (para acceder a él era necesario poder demostrar que no se estaba apenada, lo que sería imposible después de morir el gran Alejandro).

³³ FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *La Leyenda de Alejandro Magno, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2007, p. 130.

³⁴ Este tipo de hechos son muy frecuentes en la narración que se realiza de la vida de todo tipo de héroes. En el *Libro de Alexandre*, por ejemplo, se hace referencia a «los grandes signos [que] contieron» (cuaderna 8) cuando Alejandro Magno nació, como el oscurecimiento del Sol, el temblor de la tierra o el nacimiento de un cordero dotado con la capacidad del lenguaje.

³⁵ Sigo, en las explicaciones de las biografías y retratos, los argumentos de Rodríguez Adrados. Véase en: FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS, *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea: literatura sapiencial en Grecia y la Edad Media*, Madrid, Real Academia Española, 2001.

³⁶ M. HARO CORTÉS, *ob. cit.* (2003), p.32.

Del mismo modo, los retratos (algunos de ellos, como el de Alexandre, incluidos en el ecuador del capítulo) se ajustan a una estructura determinada: se intenta esbozar una imagen física del personaje en cuestión (tonalidad del cabello, color de los ojos, constitución del cuerpo, etc), pero se analizan también las características psíquicas, relativas al temperamento o a ciertos hábitos (en especial los lingüísticos). Con ello se busca la *imitatio* de estos sabios modélicos. Se individualiza a los personajes con sus particularidades y diferencias y, aunque no existe idealización para potenciar el didactismo, lo cierto es que no es mencionado ningún rasgo negativo en estas descripciones. En estos retratos confluyen los modelos biográficos oriental (más visual, pictórico, individualista y anti-hagiográfico) y occidental (más espiritual, ético, instructivo y alegórico). De importancia son, a su vez, las tesis fisionomistas medievales, que asociaban ciertas características físicas a rasgos psicológicos o temperamentales determinados³⁷.

Estas técnicas descriptivas dejarán huella profunda en los géneros historiográficos en prosa del siglo XV: las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán o las estampas biográficas de los *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar recibirán la herencia de las tradiciones sapienciales anteriores, entre las que se incluye la de *Bocados de oro*.

³⁷ Un análisis específico de este asunto aparece en: M. HARO CORTÉS, *ob. cit.* (2003), pp. 37 - 38.

4. ALEJANDRO MAGNO: REFERENTE HISTÓRICO

Estoy convencido de que las batallas del Gránico (334 a.C.), Issos (333 a.C.), Gaugamela (331 a.C.) o las Puertas Persas (330 a.C.) se han convertido en algunas de las más conocidas de toda la Historia de la Antigüedad. Su fama no se debe sólo a la relevancia que adquirieron dentro de un proyecto aún más amplio, el de la conquista del, hasta entonces, todopoderoso Imperio Persa; sino también a su condición de lecciones magistrales de táctica militar, que son, aún hoy, admiradas y estudiadas. Su estrategia, Alejandro III de Macedonia, nunca pudo ser derrotado en el campo de batalla. Un hombre como éste había de ser en la Edad Media, por fuerza, alguien admirado y celebrado.

A mediados del siglo IV a.C., el mundo griego estaba dividido en tres grandes zonas. La primera, en la península del Peloponeso, daba cabida a multitud de polis (como Atenas, Esparta, Corinto o Megara) gobernadas por sistemas democráticos. Al este, en las costas que en la actualidad pertenecen a Turquía, multitud de ciudades de lengua y pasado helénico estaban regidas por sátrapas del Imperio Persa en regímenes plenamente autocráticos. Por último, Macedonia, donde imperaba una monarquía de carácter hereditario, se extendía por el área situada al norte del Peloponeso. A pesar de tratarse de un reino griego en lo referente a la cultura (por sus tradiciones, idioma y religión), era, sin embargo, diferente al resto de ciudades helénicas, que lo consideraban un lugar poblado por bárbaros y gentes salvajes. Así, sus habitantes practicaban costumbres arraigadas desde hacía siglos en la zona, como la poligamia o la excesiva afición a la bebida, que eran vistas con desdén por el resto de pueblos griegos. En este sentido, los macedonios eran gentes bastante más «primitivas» y belicosas; incluso, para ganar la lealtad de sus súbditos, sus reyes se debían a las victorias obtenidas en el campo de batalla. Así, Filipo II (382 a.C. - 336 a.C.) fue, en gran medida, responsable y precursor de muchos de los éxitos que más tarde cosecharía su hijo Alejandro; fue durante su reinado cuando triunfaron ciertas innovaciones militares y se crearon los poderosos cuerpos de caballería macedonios, que permitirían la posterior hegemonía de Macedonia en el ámbito griego. Verdaderamente, polis como Atenas comenzaban ya a temer la fuerza que estaba consiguiendo el estado macedonio. En estos momentos, Filipo se preparaba para liderar una «coalición» de pueblos griegos (en la práctica, una simple excusa para obtener el mando) con la que castigar y doblegar al eterno enemigo persa.

Sin embargo, todo cambió el 336 a.C., cuando el rey Filipo fue asesinado en plena calle por uno de sus guardias personales. Al parecer, se trató de una simple cuestión de celos y afectos. De este modo, el joven Alejandro, que había nacido el 356 a.C. en Pella (la sede de la corte), fue proclamado rey de Macedonia a los veinte años de edad. Decidió adelantarse a posibles traiciones y,

rápida, demostró con determinación a sus propios súbditos y al resto de ciudades griegas que seguiría el camino marcado por su padre: asumió el mando de la Liga Helénica y culminó con éxito varias campañas militares, con las que consiguió pacificar a las ciudades vecinas (como Tebas o Tracia). Estaba demostrando su valía como buen y precavido gobernante. Todo estaba ya preparado para emprender la expedición al continente asiático.

Al frente de su ejército, cruzó el Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos) con provisiones para no más de treinta días³⁸. Es aquí cuando comienza a forjarse su leyenda: después de visitar Troya, donde rindió homenaje a los griegos que allí cayeron³⁹, venció en la Batalla del Gránico (334 a .C.) a parte del ejército persa, al que hizo huir junto a su rey Darío. La relevancia de esta batalla reside en que las tropas de Alejandro consiguieron la victoria a pesar de que se encontraban en posición de desventaja frente al ejército enemigo. A continuación, el rey macedonio decidió avanzar por la orilla mediterránea del actual estado de Turquía y fue liberando del poder persa, a su paso, ciudades como Éfeso, Mileto o Halicarnaso, si bien algunas de ellas le plantaron resistencia (a pesar de pertenecer a la cultura helénica). Instauró en ellas sistemas de gobierno democráticos y continuó su camino hacia la conquista de los territorios orientales.

En la ciudad de Gordio, Alejandro Magno protagonizó uno de sus episodios más conocidos: la resolución del enigma del nudo gordiano. Según esta leyenda, que fluctúa entre la realidad y el mito (y que tiene mucho de metáfora), aquel que fuese capaz de desenrollar estas cuerdas se convertiría en el dueño de Asia. El rey Alejandro las cortó con su espada y siguió su camino. Dada la naturaleza de este trabajo, no pretendo centrar mi atención en el exhaustivo relato del itinerario que siguieron las tropas macedonias; tal cometido sería propio de una investigación exclusivamente histórica. Tan sólo pretendo dar idea de lo que supuso tan grande empresa para la Historia y tratar, al mismo tiempo, de separar la figura histórica de Alejandro Magno de la que después sería conocida de él durante la Edad Media. Así pues, tras una nueva y decisiva victoria en la batalla de Issos (333 a. C.) frente al ejército persa, los macedonios recorrieron tierras egipcias, donde Alejandro fue recibido como un nuevo faraón. Precisamente, esta atribución de características divinas a la figura de

³⁸ MURCIA ORTUÑO, *ob. cit.*, p. 413.

³⁹ Particularmente emotiva fue la visita a las tumbas de Aquiles y Patrocolo, muy admirados por Alejandro y su amante Hefestión. ROBIN LANE FOX, *Alejandro Magno: conquistador del mundo*, Barcelona, Ediciones Acantilado, 2007, pp. 182 - 188.

Alejandro Magno sería frecuente desde entonces e, incluso, sería propiciada por él mismo, para afianzar así su posición como soberano de los territorios asiáticos que había conquistado⁴⁰.

Después de abandonar Egipto, se dirigió hacia el interior de las ásperas tierras del Imperio Persa. Obtuvo una nueva y brillante victoria en las llanuras de Gaugamela (331 a. C.) frente a un ejército persa que, de nuevo, lo superaba ampliamente en número. De este modo, las tropas de Alejandro consiguieron ocupar sin oposición las importantísimas ciudades de Susa, Babilonia y Persépolis. Esta última, capital ritual del Imperio Persa, fue incendiada y parcialmente destruida como venganza por el saqueo que un siglo antes había sufrido Atenas por orden del emperador Jerjes I (485 a. C. - 465 a. C.) durante las Guerras Médicas. Poco después, Alejandro Magno se dirigió al norte, donde encontró muerto al emperador Darío (había sido asesinado por sus propios hombres) y pacificó las últimas regiones persas que aún no controlaba. Poco después, atravesaría con esfuerzo la cordillera del Hindú Kush y comenzaría su expedición hacia las tierras de la India, lugar que nunca había conocido ningún griego. Allí, enfrentándose a numerosos ejércitos formados, entre otras tropas, por elefantes de guerra, consiguió derrotar al rey Poro en la batallas del Hidaspes (326 a. C.). Este hombre, de extraordinaria estatura e incommensurable valor consiguió impresionar a Alejandro, que le permitió seguir gobernando en su nombre. Fue tras esta dura batalla cuando la mayor parte de los soldados de Alejandro Magno (en especial, el núcleo de macedonios) se negaron a seguir avanzando hacia el este. Llevaban más de ocho años de incesante exploración y lucha: el imbatible Alejandro no tuvo más remedio que emprender el regreso hacia Grecia. A pesar de todo, su visita a tierras de la India tuvo cierta relevancia, pues según cuentan las fuentes clásicas, allí pudo conocer a los reputados sabios indios (conocidos como los *gimnosofistas*).

Sin embargo, el rey macedonio no pudo volver jamás a su palacio de Pella, al otro lado del Helesponto. Murió en Babilonia a los treinta y dos años de edad (323 a. C.), al parecer, derrotado por unas fiebres de malaria o, quizás, por la desmesurada ingesta de alcohol en un banquete que lo llevó a permanecer diez días en coma antes de morir. Lo cierto es que nunca se ha podido saber con seguridad qué fue lo que llevó a Alejandro Magno a la muerte. Ello ha suscitado desde tiempos inmemoriales inevitables rumores sobre un posible envenenamiento en el banquete, que es lo que parte de las fuentes literarias recoge como explicación real.

Tras su muerte, su figura comenzó a ser invadida por la leyenda; ¿qué hay de cierto en ella? Los historiadores están de acuerdo en que Alejandro era un hombre extremadamente ambicioso (de

⁴⁰ La postración ante un soberano como muestra de sumisión y respeto era una práctica habitual en las zonas de Persia y la India; sin embargo, era una costumbre muy mal considerada por los pueblos griegos. Esto generaría tensiones entre Alejandro Magno y sus soldados macedonios durante las campañas del Hindu-Kush. Ver en: ROBIN LANE FOX, *ob. cit.*, pp. 701 - 742.

ello daba muestras ya desde la infancia); una persona muy querida por sus súbditos (al parecer, emanaba de él una simpatía especial) y, tal y como era común en la Macedonia de la época, era muy aficionado a la ingesta de bebida en grandes cantidades. Sin embargo, las cualidades que le permitieron conquistar en tan poco tiempo (y con tanta juventud) gran parte de Oriente Medio fueron la astucia y la audacia. Aunque a simple vista pueda parecer que no sopesara el peligro antes de emprender una batalla, lo cierto es que este gran estratega planificaba con detalle todos los movimientos de su ejército. Tenía en cuenta hasta la más remota variable imaginable y adaptaba su táctica a las debilidades de sus enemigos y las oportunidades que el terreno le ofrecía; al mismo tiempo, era una persona capaz de asumir grandes riesgos.

5. ALEJANDRO MAGNO: REPERCUSIÓN Y VIDA EN LA EUROPA MEDIEVAL

Ya desde su muerte en el siglo III a.C., Alejandro Magno se convirtió en una de las figuras históricas más conocidas y admiradas por la tradición historiográfica y literaria al completo. Los ecos de sus hazañas resonaban con fuerza aún en el medievo. Cabe preguntarse, sin embargo, cómo es posible que los hechos y vida de un personaje que vivió más de mil años antes fuesen conocidos al detalle en plena Edad Media y, lo que es más importante, se convirtiesen en modelo ineludible para reyes, sabios y militares. Indaguemos en el recorrido seguido por Alexandre en los siglos posteriores a su fallecimiento.

Calístenes, sobrino de Aristóteles e historiador oficial de la expedición de Alejandro al tiempo que ésta tenía lugar, fue asesinado por orden del propio Alejandro Magno antes de que concluyese la campaña asiática; su obra quedó, pues, incompleta y en un paradero aún hoy desconocido. Sin embargo, Eumenes de Cardia y Diodoto de Eritrea, presentes también en el ejército macedonio, al parecer escribieron unos *Diarios reales*⁴¹, en la actualidad también perdidos. Algunos otros hombres, participantes también en las guerras de Alejandro, escribieron sus propios testimonios, pero por desgracia hoy tampoco los conservamos. Entre ellos, destacan la obra de Ptolomeo I (367 a.C. - 283 a.C.) —general de Alejandro y rey de Egipto tras la muerte de éste—, cuya existencia conocemos por menciones indirectas del historiador Arriano (siglo II d.C.), y la de Clitarco de Alejandría (siglo IV a.C.), autor de un relato fantasioso que tuvo en la época bastante éxito e importancia.

Diodoro Sículo (*Bibliotheca historica*, siglo I a.C.), Plutarco (*Vidas paralelas*, ca. siglo I d.C.), Arriano (*Anábasis de Alejandro Magno*, siglo II d.C.), Quinto Curcio (*Historiae Alexandri Magni*, siglo I d.C.) y Justino (*Historias filípicas*, siglo I d.C., actualmente perdidas) constituyen las principales fuentes antiguas escritas en Grecia y Roma que analizaron y divulgaron el reinado, conquistas y carácter del emperador macedonio. Entre ellas, los estudiosos han destacado el mayor rigor histórico que poseen los textos de Plutarco y Arriano; a pesar de ello, conviene matizar esta afirmación con el espléndido análisis que Gómez Espelosín realiza al respecto:

Los relatos de los historiadores antiguos no pretendían reflejar de la manera más objetiva posible, como si se tratara de un acta notarial, lo que había acontecido en la realidad. La historia era concebida como un género narrativo más, lejos de los escrúpulos puristas de la moderna disciplina académica, que buscaba sobre todo conseguir efectos dramáticos, evocar ecos de episodios reconocibles de la tradición anterior [...]. Ponía en juego, en suma, toda una lógica narrativa particular que era casi

⁴¹ JUAN CASAS RIGALL (ed.), *Libro de Alexandre*, Madrid, Real Academia Española, 2014, p. 544.

completamente independiente del discurso real, por lo general mucho más esquivo, prosaico y espeso [...]»⁴².

Sin embargo, la fuente principal que se utilizó para obtener el conocimiento de Alejandro Magno que, más tarde, fue divulgado en la Edad Media, no fue ninguna de las obras anteriores (no de forma extendida), sino la *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (ca. 200 d. C.), también conocida como *Pseudo Calístenes* por estar atribuida erróneamente a este autor⁴³. Esta obra ofrece una visión del héroe desde un punto de vista mucho más novelesco, aventurero y fantasioso. De hecho, es notable su falta de rigor histórico, sus errores geográficos y su «estilo mediocre»⁴⁴:

[...] Utilizó materiales diversos: un escrito histórico helenístico (en realidad, un poema en coliambos), extractos de una novela en cartas, la carta de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India, el *Diálogo de Alejandro y los Gimnosofistas* y un escrito sobre *Los últimos días de Alejandro*.⁴⁵

A pesar de su baja calidad en el estilo, obtuvo un rotundo éxito (fue traducida con rapidez a multitud de lenguas) gracias a la perspectiva que ofrecía de Alejandro Magno, más próxima a los intereses del público del momento. Tras la Biblia, el *Pseudo Calístenes* se convirtió en el «texto más traducido»⁴⁶ hasta la llegada del Renacimiento.

El *Pseudo Calístenes* sirvió como base a multitud de nuevas versiones latinas compiladas por otros autores⁴⁷ en siglos posteriores hasta llegar a la época medieval. Obtendrán a su vez notable relevancia, pues sirvieron de fuente en mayor o menor medida, entre otros, a nuestro conocidísimo *Libro de Alexandre* (comienzos del siglo XIII), de indiscutida relevancia. De entre estas nuevas versiones latinas del *Pseudo Calístenes*, las más relevantes son las *Res gestae Alexandri Macedonis* (s. IV, Julio Valerio) y la *Nativitas et victoria Alexandri Magno* (s. X, León de Nápoles). De esta última derivan otras tres refundiciones anónimas, conocidas como *Historia de preliis Alexandri*

⁴² FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *La Leyenda de Alejandro Magno, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2007, p. 129.

⁴³ Su autor, hoy desconocido, probablemente vivió en Grecia hacia el s. III d. C. La errónea atribución a Calístenes (sobrino de Aristóteles) se debe a la mención que se hace de él en algunos de los manuscritos conservados. Una información más exhaustiva y detallada puede ser consultada en: PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (ed. de Carlos García Gual), Madrid, Gredos, 1988, pp. 16-17.

⁴⁴ PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (ed. de Carlos García Gual), Madrid, Gredos, 1988, p.10.

⁴⁵ RODRÍGUEZ ADRADOS, *ob. cit.*, p. 160.

⁴⁶ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 13.

⁴⁷ Menciono, sintéticamente, las de mayor trascendencia. La relación completa puede ser consultada en: JUAN CASAS RIGALL (ed.), *Libro de Alexandre*, Madrid, Real Academia Española, 2014, p. 546-548.

Magni que fueron escritas entre el siglo XI y finales del XII. Fueron traducidas al francés durante el siglo XII como el *Roman d'Alexandre*, del que existen cuatro versiones bastante diferentes entre sí. Así, la *Historia de preliis* y el *Roman d'Alexandre* constituyen las más importantes fuentes complementarias del *Libro de Alexandre*⁴⁸. Su fuente principal, sin embargo, es la *Alexandreis* (s. XII, Gautier de Châtillon), poema latino escrito en hexámetros «compuesto a imitación de la épica clásica, [...] es un brillante ejercicio poético y erudito que gozó de una sobresaliente difusión en las escuelas y universidades medievales»⁴⁹. Si bien la vinculación de los *Bocados de oro* a estas obras resulta confusa, parece evidente que el relato sobre Alejandro Magno que aparece en la obra bebe, directa o indirectamente, de los planteamientos hechos en el *Pseudo Calístenes*: así lo demostraré más adelante en este mismo trabajo.

De entre las diversas corrientes que se propagaron sobre Alejandro en la Edad Media, fue la caballeresca una de las más extendidas, quizás, debido a la mayor difusión que conocieron el *Pseudo Calístenes* y sus derivados. Esta tradición presenta al monarca macedonio como ejemplo perfecto de hombre de armas y genial estratega, capaz de vencer en batallas a ejércitos más numerosos que el suyo o de superar diversas desventajas iniciales a partir de su ingenio. Esta concepción es «típica de Francia, donde ese ideal surge dentro de su especial marco social, y arraiga profundamente en las artes y otras manifestaciones culturales»⁵⁰. A su vez, Lida de Malkiel sitúa en su análisis a Alemania e Italia en posiciones diferentes a la francesa: las obras «alejandrinas» hechas en tierras alemanas contaron con una actitud más moralizante y adversa al héroe macedonio; las italianas poseen un corte más intelectual (en sintonía con las fuentes latinas que traducen) y llegan, incluso, a parodiar «la fantasía caballeresca francesa»⁵¹.

En la España medieval, la leyenda de Alejandro obtuvo una amplia acogida en obras de todo tipo de géneros, más allá del ya mencionado *Libro de Alexandre*. Cito los ejemplos más significativos de los siglos XIII (momento de auténtico auge literario de la figura de Alexandre) y XIV⁵² en los que se aprecia su influencia: el *Poema de Fernán González* (en el que algunas situaciones protagonizadas por el conde son originarias de la leyenda alejandrina), la *Primera*

⁴⁸ JUAN CASAS RIGALL (ed.), *Libro de Alexandre*, Madrid, Real Academia Española, 2014, p. 547.

⁴⁹ *Id.*, p. 547.

⁵⁰ M. R. LIDA DE MALKIEL, «La leyenda de Alejandro en la literatura medieval» (pp. 165-197), en *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 169.

⁵¹ *Id.*, p.170.

⁵² Es, precisamente, el recorrido que sufrió la figura de Alejandro Magno en la literatura medieval española el tema central del ya citado estudio de Lida de Malkiel. De él he extraído los ejemplos que se siguen en el cuerpo del texto. Por ello, remito a su lectura para un análisis más detallado. M. R. LIDA DE MALKIEL, *ob. cit.*, pp.177-197.

Crónica General y la *General Estoria* (alusiones a episodios concretos, como la doma de Bucéfalo, el castigo a los esclavos de Tiro o algunos castigos de Aristóteles a Alejandro, tomados del *Secretum secretorum*), la *Gran conquista de Ultramar* (en ella se mencionan lugares en los que Alejandro Magno protagonizó alguna de sus hazañas, como Tiro o alguna de las Alejandrías que fundó durante el transcurso de sus campañas) y el *Libro de Buen Amor* (incorpora dos alusiones y la descripción de los meses representados en la tienda de don Amor, a semejanza de los murales de la tienda de Alexandre). En el siglo xv, es posible encontrar alusiones a los hechos y hazañas del rey macedonio en obras como el *Cancionero de Baena* (ca. 1445) o dentro de la rica producción del Marqués de Santillana, que recurre a su figura o las de personajes secundarios de su historia con diversos fines⁵³. Curioso resulta, sin embargo, que Juan de Mena no incorpore en su producción alusiones a Alejandro: la explicación, según Lida de Malkiel, se debe a la antipatía que le producía el universo caballeresco medieval (en el que también se inscriben multitud de personajes de los ciclos artúricos y carolingios).

Detengo en este punto el análisis de la presencia del tema de Alejandro en la literatura medieval castellana, que es, en definitiva, derivado del trabajo ya citado capítulo de María Rosa Lida de Malkiel, al que remito al curioso lector. De lo contrario, terminaría desbordando el planteamiento de este trabajo, que no es otro que examinar la visión que de Alejandro Magno se ofrece en los *Bocados de oro*.

⁵³ M. R. LIDA DE MALKIEL, *ob. cit.*, p.186.

6. ALEJANDRO MAGNO: SU FIGURA A TRAVÉS DEL TESTIMONIO DE LOS *BOCADOS DE ORO*

Mi intención, en este apartado, no es otra que tratar de mostrar los puntos comunes que el relato de Alejandro Magno recogido en *Bocados de oro* comparte con tres obras capitales dentro de su misma tradición. Me refiero, en primer lugar, al *Pseudo Calístenes*, que, a pesar de su alto grado de invención y fantasía, se convirtió en la fuente primigenia —directa o indirectamente—, de gran parte del resto de obras dedicadas a Alejandro durante la Edad Media. Disfrutó, además, de una enorme difusión. Ya en pleno medievo, la *Alexandreis*, escrita en hexámetros latinos, tomó el relevo del *Pseudo Calístenes* y, gracias a la extraordinaria popularidad que adquirió, sirvió de modelo a la mayor parte de reelaboraciones hechas en lengua romance. Entre todas ellas, fue utilizada como fuente principal de una de las obras de mayor importancia dentro de las letras medievales castellanas, esto es, del *Libro de Alexandre*.

Por ello, he preferido mantener en un segundo plano obras de relevancia histórica (como las de Arriano, Plutarco o Quinto Curcio) y he decidido utilizar estas tres (*Pseudo Calístenes*, *Alexandreis* y *Libro de Alexandre*) para contrastar el relato, caracterización y discurso de cada una de ellas frente al que *Bocados de oro* ofrece del rey macedonio. Cada una de ellas, como hemos visto, ha desempeñado un papel fundamental en el proceso de transmisión histórica y literaria. Conocemos muy bien al Alejandro que pervive en los manuscritos de estas tres obras —y en el de otras muchas—, sin embargo, queda aún pendiente la realización de un análisis del Alejandro Magno que presenta *Bocados de oro* al lector del siglo XIII, del que nosotros, inmersos en el siglo XXI, somos deudores y herederos.

6.1. ALEJANDRO MAGNO: PARADIGMA DE LA SABIDURÍA MEDIEVAL

Alejandro Magno, para el hombre medieval, era algo más que un conquistador imparable⁵⁴; era la representación del monarca ejemplar: sabio, justo, reflexivo y, al mismo tiempo, valiente. Por ende, existían pocas figuras tan adecuadas que pudiesen ser utilizadas como modelo a imitar de rey-filósofo por los reyes y nobles medievales como la suya. Así, aunando a un tiempo el ejercicio del saber —científico y filosófico— con el del gobierno es como ha sido caracterizado por gran parte de la tradición. Atendamos a las siguientes palabras de Gómez Espelosín, inscritas en el contexto de la mítica y muy conocida visita del rey macedonio al filósofo Diógenes en Corinto⁵⁵.

⁵⁴ RODRÍGUEZ DE LA PEÑA. *ob. cit.*, p. 461.

⁵⁵ Diógenes de Sínope (ca. 412 a. C. - 323 a. C.), filósofo cínico que defendía un tipo de vida completamente alejada de los modos convencionales, despreciaba los bienes materiales y vivía en la extrema pobreza por propia voluntad. Según cuentan historiadores como Plutarco, Alejandro Magno quiso visitarlo a su paso por Corinto y, cuando llegó hasta donde estaba descansando, le indicó que le pidiese lo que quisiese, a lo que el filósofo le respondió que se apartase, pues le estaba tapando el Sol.

La famosa expresión atribuida a Alejandro de que «si no fuera Alejandro, sería Diógenes» revelaría la profunda admiración del monarca por la filosofía que algunos autores antiguos le atribuían, convirtiendo su carrera en la de un filósofo en armas dadas las elevadas misiones que debía cumplir, tal y como pone de manifiesto Plutarco en su célebre tratado *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*.⁵⁶

Las conquistas que consiguió Alejandro Magno no se debieron a que contase con un ingente número de efectivos; tampoco a que los enemigos a los que se enfrentó fuesen débiles —logró derrotar, recordemos, a los ejércitos del Imperio persa, a los indios del reino de Poro y a todo aquel que le opuso resistencia—. Sus victorias se debieron, en esencia, a su extraordinaria capacidad como estratega, a su sagacidad para innovar nuevos sistemas de batalla, a su rapidez para tomar decisiones y, también, a su intuición, que le permitía anticipar los movimientos del enemigo. Además, el amor y simpatía que despertaba en sus hombres —me refiero al personaje literario, aunque el histórico, al parecer, fue asimismo muy admirado por sus propios soldados— ayudó a que estos luchasen abnegadamente por su líder, confiados en la capacidad que éste poseía para obtener la victoria bajo cualquier circunstancia.

Precisamente, Antonio Rivera García ofrece un detallado panorama acerca de las diferentes teorías que existían en la literatura sapiencial sobre la conveniencia de que los súbditos amasen o temiesen a su rey. Si bien en *Poridat de las poridades* se defiende que al monarca es necesario tenerle «gran reverencia, “miedo e uerguença”»⁵⁷, en *Bocados de oro*, por su parte, «el rey sabidor allega con mansedumbre y con halago lo que no allega con braveza y con soberbia, propriamente vive con los buenos»⁵⁸. *Bocados de oro*, además, añade el temor a Dios como una de las claves para que los súbditos sean obedientes al rey, pues en Dios reside el fundamento de las leyes y la justicia que, son, en fin, el principal sustento del reino junto a la persona misma del monarca. Precisamente, para gobernar con justicia es necesario poseer seso y entendimiento —de lo que el mejor ejemplo es Alejandro—, pues de lo contrario se cae en el peligro de administrar de manera errónea y sin criterio, haciendo que los merecen castigo salgan indemnes y que los virtuosos no reciban galardón o estímulo por su buena actitud. Esta situación desembocaría en la repulsa del rey por parte de sus propios súbditos, que rogarían a Dios por un nuevo monarca, más sabio y justo. El reino, en definitiva, se vería sometido a peligros y amenazas que podrían por terminar desestabilizándolo.

⁵⁶ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 163.

⁵⁷ A. RIVERA GARCÍA, *ob. cit.*, p. 21.

⁵⁸ *Id.*, p. 21.

La expedición de Alejandro Magno a Persia y Asia no aparece caracterizada de manera intensa en *Bocados de oro* como una campaña militar. No quiero decir con ello que no haya espacio en la narración a batallas y aventuras militares, pues éstas aparecen espaciadamente a lo largo de toda la obra, en especial en sus primeros compases. Sin embargo, la importancia que reciben los combates, luchas y asedios va decayendo al mismo tiempo que Alejandro Magno y su ejército se adentran en el corazón de Asia. La campaña de Persia, por ejemplo, es resumida rápidamente sin apenas mencionar nombres de batallas. El lector se topa casi sin darse cuenta con que Darío ha muerto, Persépolis ha sido destruida y los macedonios han llegado hasta el reino de Poro, al que vence también deprisa gracias a su astucia para vencer a los animales que los indios les envían y a su maestría en el combate singular contra Poro. El espacio de las actividades bélicas lo ocuparán entonces diversos episodios de carácter puramente sapiencial, como el encuentro con los «berhemos»⁵⁹ —pueblo que vive más allá del Hindu-Kush⁶⁰ y que se caracteriza por su sabiduría y pobreza— o los habitantes de la tierra de Cay.

La conclusión que se extrae de la lectura de los *Bocados de oro*, a mi juicio, es evidente: el viaje de Alejandro Magno y su ejército comenzó como una aventura puramente militar (que tiene lugar en polvorientas y desérticas llanuras), orientada a someter a los persas y diversas ciudades tributarias de estos. Es, en este sentido, una narración histórica. Al final, sin embargo, la obra cede cada vez más un mayor protagonismo a los elementos irreal y mágicos. Termina así convertida en un viaje iniciático hacia el corazón de Oriente, donde, según la mentalidad medieval, era posible encontrar a algunos de los más sabios hombres de la Tierra⁶¹. Desde que el macedonio llega a la India, no es tanto la conquista de nuevos reinos lo que le mueve a él y su ejército; lo es más bien el ímpetu por ampliar los límites del conocimiento. En otro apartado de este mismo trabajo, veremos cómo esta «soberbia», que rivaliza con el saber que posee el propio Dios, será la que condene a Alejandro en el *Pseudo Calístenes* y el *Libro de Alexandre*, aunque apenas tendrá importancia en *Bocados de oro*.

⁵⁹ «Berhemos» es el nombre que reciben los habitantes de este pacífico pueblo en los *Bocados de oro*. En el *Pseudo Calístenes*, su posible fuente, sin embargo, son denominados *brahmanes*, *oxidorces* o *gimnosofistas*, nombre que ha tenido un mayor recorrido entre la crítica histórica.

⁶⁰ El Hindu Kush es una gran cordillera de Asia Central, situada entre las actuales Pakistán y Afganistán y muy próxima al Himalaya. Su pico más alto es el Tirich Mir (7.690 metros).

⁶¹ Tal vez, el hecho de que gran parte de las obras (sapienciales, enciclopédicas y cuentísticas) que trajeron nuevos saberes filosóficos y científicos a Europa fuesen originarias de Oriente, bien por la lengua en que fueron escritas, bien por haber sido concebidas por autores de aquellas tierras, hizo que el hombre medieval castellano considerase al Próximo Oriente como núcleo embrionario del saber humano. Es, también, identificado con el lugar del Edén, el paraíso original. Es por este motivo por lo que resultaría tan sugestiva la lectura de este tipo de obras en el siglo XIII, que se convertirían así en auténticos tesoros de sabiduría y conocimiento revelado. Que su protagonista sea Alejandro potencia esto aún más.

Por su parte, el relato de los *Bocados de oro* difiere tras este punto de las dos obras anteriores, pues tras la visita de Alejandro a los gimnosofistas, éste llega a la «tierra de Cay», que le rinde vasallaje sin oposición y le obsequia con multitud de regalos. La mención de este reino no tiene mayor importancia que la de reforzar la idea de que todos los pueblos que no quisieron hacer la guerra aceptaron a Alejandro Magno como su soberano y, lo que es más, lo hicieron gustosamente. A cambio, él les otorga leyes y justicia —tan relevantes, como hemos visto, para la concepción sapiencial de la monarquía— y les enseña parte de sus conocimientos: «Alexandre castigolos, e predicolos, e mandoles seguir las derechas leyes, e fisoles escrebir una ley con que se mantuviesen»⁶². Se muestra de esta manera como un rey magnánimo y benefactor, imprescindible para la supervivencia y felicidad de sus súbditos. Acto seguido, afianza su posición como rey de los territorios que ha ido conquistando y emprende la vuelta a Grecia:

E andovo por toda la tierra de oriente e de los turcos, e fiso y villas, e puso y rreyes de su mano, e mandoles que le llevasen trebuto cada anno e cada uno dellos segun su tierra podria sufrir. E tornose despues a ocediente.⁶³

El autor de los *Bocados de oro*, en este punto, aprovecha para incluir diálogos sapienciales⁶⁴ que sorprenden incluso al mismo Alejandro. Un astrólogo presagia su muerte: «Que havia de morir sobre suelo de fierro e so cielo de oro»⁶⁵. La situación es del todo forzada: algo más adelante, comienza a sangrarle la nariz y desciende de su caballo. Uno de sus soldados extiende una loriga en el suelo para que pueda sentarse y lo cubre con un paño de oro «por tal quel' fiese sombra»⁶⁶. En ese momento, siente que se ha cumplido el oráculo y que va a morir, por lo que, inmediatamente, se detiene y escribe una carta de despedida a su madre Roquia en la que le ruega que no se apene por su fallecimiento, pues sabía que algún día habría de llegar («E sepas que todas las cosas que Dios fiso son pequennas luego e van creciendo cada dia sinon el pesar que es luego grande e va despues menguando»⁶⁷). En ella, mientras intenta consolarla, demuestra ser un auténtico sabio:

⁶² *Bocados de oro, ob. cit.*, 296.

⁶³ *Id.*, p. 296.

⁶⁴ Alguno de ellos es extraído del anterior pasaje de los gimnosofistas del *Pseudo Calístenes* y es situado aquí. Es el caso del pueblo que excava las tumbas en la puerta de sus casas, «porque son nuestras ciertas casas e a ellas havemos de yr ayna». *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 298.

⁶⁵ *Id.*, p. 299.

⁶⁶ *Id.*, p. 299.

⁶⁷ *Id.*, p. 301.

E madre, piensa commo todas las criaturas del mundo son so la generacion e corrupcion e han de tornar a la materia donde se fisieron, e cata quantas gentes son perdidas en las que son pasadas, e quantas obras altas e quantos pueblos fermosos son desfechos. E [sepas] qu' el tu fijo nunca quiso haver las maneras de los chicos rreyes, e tu otrosi non quieras haver las maneras de las flacas madres de los rreyes.⁶⁸

6.2. EL PROCESO DE CRISTIANIZACIÓN DE UN REY PAGANO

Bocados de oro, recordemos, es una obra de origen árabe, tanto por sus fuentes, como por el contexto primigenio en que fue escrita. Por este motivo, es evidente que, al producirse la traducción de la obra del árabe al castellano en plena Castilla cristiana y medieval, hubo de experimentar diversos cambios en su contenido y contexto metaliterario, pues la cultura receptora era diferente de la original y su destinatario último sería la corte o el rey castellano. Para lograr estudiar con exhaustividad rigurosa el modo en que se produjo esta aclimatación al contexto cristiano, sería necesario cotejar las versiones castellanas de los *Bocados de oro* con las árabes, algo que escapa a mi alcance, pues no poseo la capacidad de leer y comprender la lengua arábica.

Sin embargo, nuestra investigación sí que puede servir de otros procedimientos para dar cuenta del proceso de cristianización que experimentó la figura del rey Alejandro. Basta con tomar como referencia obras anteriores que han sido traducidas al castellano y que hubieron de servir a su vez como fuentes a *Bocados de oro* (como el *Pseudo Calístenes*). A su vez, cada alusión o elemento que esté relacionado con la religión cristiana es susceptible de haber sido añadido durante el proceso de traducción, aunque cabe también la posibilidad de que se trate de una adición posterior a ésta, pues los testimonios que poseemos distan más de un siglo del arquetipo original perdido. Con todo, la cristianización del Alejandro de los *Bocados de oro*, si bien no es tan intensa como la que sufrió el Alejandro de la *Alexandreis* o el *Libro de Alexandre*, es muy palpable en el capítulo a él dedicado en la obra.

Así, el joven monarca, una vez investido como tal, envía un mensaje a los «adelantados de todos los lugares de su reino»: «Pues pugnad en tornadvos a conoscer a Dios e a servirle, e creed en la su santidad que lo meresce mas que esta piedra»⁶⁹. Aconseja, por lo tanto, confiar en Dios, que es el que le ha colocado en el estado en el que se encuentra y no en unos simples ídolos de oro. En este

⁶⁸ *Bocados de oro*, ob. cit., p. 301.

⁶⁹ Utilizo la edición de Hermann Knust de los *Bocados de oro*, accesible desde internet (mucho más difícil de encontrar es la de Crombach): *Bocados de oro* (ed. Hermann Knust), Tübingen, Gedruckt für den literarischen verein in Stuttgart, 1879, p. 281.

momento, además de en soberano de los macedonios, se convierte en rey de todos los griegos: «E quando Alixandre rregno eran departidos los griegos en muchas partidas, que non los regnava un rrey. Pues tomose Alixandre a guerreallos fasta que fue de todos ellos el rrey»⁷⁰. Esta afirmación coincide con los hechos históricos, pues, en efecto, Alejandro logró imponer la hegemonía de Macedonia sobre el resto de pueblos griegos⁷¹. De hecho, presentó su expedición a Persia como una causa panhelénica que unificaba a todos los griegos. En realidad, la inmensa mayoría de sus tropas fueron macedonias.

Su padre Filipo, mientras reinaba, había conseguido ser proclamado caudillo de todos los griegos. Impuso, además, que esta categoría recayese sobre sus descendientes tras su muerte. Por ello, cuando Alejandro accedió al trono, él era, sobre el papel, el señor del resto de ciudades helénicas. Sin embargo, las demás polis no estaban dispuestas a asumir su autoridad, pues consideraban que el rey Alejandro no tendría la habilidad ni la capacidad como para poder mantener a todas bajo su mando. Él, por el contrario, decidió actuar con rapidez: se desplazó hasta Tesalia con sus tropas para ser reconocido como su legítimo soberano, lo que consiguió gracias a la celeridad y sorpresa con la que llegó a la ciudad. Acto seguido, se dirigió hacia Tebas y Atenas, dos de las ciudades que se habían declarado en rebeldía frente a su poder. Consiguió la rendición de ambas y, con ello, afianzar su posición de liderazgo (la destrucción de Tebas y el debate de los atenienses en torno a asumir la soberanía macedonia están presentes en toda la tradición literaria). Más tarde, sometería también a Esparta⁷².

Este breve inciso histórico nos ayudará a comprender el siguiente fragmento del *Pseudo Calístenes*, situado en esos momentos y en el que Alejandro se dirige al pueblo heleno al completo tras sustituir a Filipo como rey de Macedonia. Trata de adscribirlos a su causa apelando al enemigo que todos ellos comparten; los persas:

¡Hijos de los peleos y de los macedonios, de los griegos y de los anfictiones, acudid a reuniros conmigo, como camaradas de armas, y confiad en mí, para realizar nuestra expedición contra los bárbaros! ¡Vamos a liberarnos de la esclavitud de los persas, a fin de que no seamos esclavos de los bárbaros, siendo griegos nosotros!⁷³

⁷⁰ *Bocados de oro*, ob. cit., p. 282.

⁷¹ J. MURCIA ORTUÑO, *De banquetes y batallas: La antigua Grecia a través de su historia y de sus anécdotas*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, p. 410.

⁷² Una narración más completa y detallada de los movimientos que realizó Alejandro Magno para convertirse en soberano de todas las ciudades griegas puede ser consultada en: ROBIN LANE FOX, ob. cit., pp. 114-135 («El ejército macedonio»).

⁷³ *Pseudo Calístenes*, ob. cit., p. 73.

En el discurso que Alejandro pronuncia en *Bocados de oro* justo después de ser nombrado rey de Macedonia, no hay lugar ya para las alusiones al Imperio Persa, pues los siglos han pasado y el contexto —el de la Castilla cristiana del medievo— es muy diferente. Por ello, sus palabras buscan ensalzar la fe en Dios, la piedad cristiana y la responsabilidad que el rey tiene para garantizar el bienestar y seguridad de sus súbditos:

E mandovos que temades a Dios, e que le obedescades. E tomad por rrey el que mas obedesce a Dios, e al que mejor piensa del pueblo, e al que mayor piedad ha de vuestros pobres, e al que mejor parta entre vos las ganancias, e el que meta el su cuerpo por vos, e enon vos dexede de defender por ningunt sabor nin delicio en que el sea, e al que seredes seguros de su mal y esperaredes el su bien, e al que por si mesmo se yra a matarse con los vuestros enemigos.⁷⁴

Más adelante, durante las campañas de Asia, Alejandro se mostrará como un auténtico defensor de la fe cristiana, de nuevo, en la guerra contra el rey Poro. Al monarca indio le exigirá, a través de una carta, que cese en su adoración a los ídolos paganos: de lo contrario, atacará y conquistará su reino (lo que terminará sucediendo). De esta manera, en *Bocados de oro* es relatada la batalla contra el rey Poro del mismo modo que en el *Pseudo Calístenes*⁷⁵: «E pues convidote al mio Dios y al tuyo, y al mi criador y al tuyo, y al criador de todas las cosas que lo adores, y no adores a otro [...] Pues cree al mi consejo y envíame los ídolos que tú adoras». Poro se niega a obedecer las exigencias de Alejandro, por lo que comienza la guerra entre ellos. De manera algo acelerada (en comparación con las otras obras), son descritas las fieras —elefantes y lobos— que había entre las filas del ejército indio, la estratagema que utiliza Alejandro para librarse de ellas (coloca delante de sus tropas unas hogueras y hierros candentes que hacen huir a los animales) e, incluso, el combate singular en el que Alejandro derrota y mata a Poro, tras lo que se rinden los indios y termina la batalla. El rey Alejandro ha demostrado, así, su perspicacia para derrotar a un enemigo casi sobrenatural (por las fieras que fortalecían las huestes de Poro) y muy poderoso al que al principio temía. Además, se ha convertido en paladín de la fe, pues ha derrocado a los falsos ídolos paganos en favor del Dios cristiano.

Me detengo, ahora, en un pasaje que no aparece en *Bocados de oro* y sí en el *Pseudo Calístenes* y el *Libro de Alexandre*: no sólo lo escrito sirve como prueba; también el silencio —las

⁷⁴ *Bocados de oro*, ob. cit., p. 279.

⁷⁵ La descripción de la batalla puede ser consultada entre las páginas 172 y 177 (Libro III) de la edición de García Gual. *Pseudo Calístenes*, ob. cit., pp. 172 - 177.

ausencias— evidencian las vinculaciones que existen entre distintos testimonios de una misma tradición literaria. Ello nos dará la pauta para comprobar que las fuentes que sigue *Bocados de oro* pertenecen a la rama oriental, en la que no era tan necesario introducir pasajes en los que se exaltase la fe cristiana del rey, a diferencia de lo que sí ocurre en el *Alexandreis* o en el *Libro de Alexandre*. De esta manera, durante el conocido pasaje del *Libro de Alexandre* en el que Alejandro consigue ascender a lo más alto de los cielos a lomos de dos grifos —que en el *Pseudo Calístenes* no son tal, sino dos gigantescas aves indeterminadas— y contemplar toda la extensión del orbe, éste identifica la forma de los continentes como una representación exacta de la posición que Jesucristo tuvo en la cruz:

Asia es el cuerpo,	segunt mio esçient ⁷ ;
Sol e Luna, los ojos,	que naçen de Orient ⁷ ;
los braços son la cruz	del Rëy Omnipotent ⁷ ,
que fue muerto en Asia	por salut de la gent ⁷ . ⁷⁶

La descripción se extiende a lo largo de seis cuadermas (2509-2514) y en ella Alejandro indica, además, cómo Asia es la pierna izquierda de Cristo, mientras que Europa, como no podría ser de otra manera («esta es más católica, de la fe más poblado»), se convierte en su apoyo fundamental, en su «pierna diestra». El autor sigue, en esto, los mapas de T en O que tan extendidos estaban durante la Edad Media. Asimismo, en una colorista sucesión de metáforas, identifica carne, piel, venas o huesos —entre otros elementos anatómicos— con diversos accidentes o constituyentes orográficos, como la tierra, el mar, los ríos o las piedras. De acuerdo con Casas Rigall, la identificación antropomórfica del mundo se debe a definir al hombre como microcosmos, idea presente en multitud de fuentes medievales⁷⁷.

Si acudimos al pasaje del *Pseudo Calístenes* —unos mil años anterior—, comprobaremos que su extensión y desarrollo narrativo, frente al del *Alexandre* (que añade más detalles), es bastante más reducida (es evidente que el paso de los siglos contribuyó a amplificar la anécdota) y, también, que en él no es posible encontrar carga cristiana alguna. De hecho, las particularidades del episodio son dos: «un ser alado de figura humana» advierte a Alejandro frente a los límites del conocimiento humano y el orbe es identificado como una serpiente enroscada entorno a la Tierra. Y es que, según

⁷⁶ *Libro de Alexandre, ob. cit.*, p. 504.

⁷⁷ Dicho análisis, en el que Casas Rigall incorpora un riguroso análisis de las fuentes de esta tradición, puede ser consultado de una manera mucho más extensa y detallada en: *Libro de Alexandre, ob. cit.*, pp. 1000-1001.

los conocimientos geográficos griegos, el mar —que es la serpiente— rodeaba por completo a la masa terrestre:

Veo una serpiente enorme enroscada y, en medio de la serpiente, un diminuto círculo. Y me dice el ser que había salido a mi encuentro: «Dirige de vuelta ahora tu lanza hacia ese redondel, que es el mundo. Porque la serpiente es el mar que envuelve la Tierra».⁷⁸

Más adelante, veremos cómo este episodio y otro en el que se relata la exploración de los mares serán dos de los momentos en los que la divinidad (pagana o cristiana) advierte a Alejandro Magno frente a su exceso de soberbia y conocimiento. Ninguno de ellos aparece en *Bocados de oro*, tal vez por la vinculación de esta obra a las fuentes orientales, pues creo que encajarían sin problema dentro de su esquema narrativo.

Otro episodio de *Bocados de oro*, en el que Alejandro Magno se encuentra con los «berhemos» o gimnosofistas («sabios desnudos»), muestra al monarca como un defensor de la fe cristiana y como un enviado de Dios. Los «berhemos», a los que ya me he referido anteriormente, están caracterizados por su sabiduría y pobreza. Al parecer, eran confundidos «frecuentemente con los brahmanes, quienes actuaban como consejeros de los monarcas locales y encabezaron algunas sangrientas rebeliones contra la invasión macedonia»⁷⁹. Éstos, en completa anacronía (porque no existía el Cristianismo por aquel entonces) consiguen evitar la invasión de sus tierras gracias a una invocación a Dios: «Tú non havias por que venir a lidiar conusco, ca nos somos pobres, e non havemos sinon la sapiencia, e si la sapiencia demandas rruega a Dios que te la de, que la sapiencia non se gana por lid»⁸⁰.

Alejandro, convencido, conversa con estos hombres dedicados a la filosofía y la contemplación, que viven a orillas de un río y no necesitan trabajar, pues a su alcance disponen de todo tipo de frutas, verduras y comodidades⁸¹. Comienza entonces un diálogo de naturaleza plenamente sapiencial en el que demuestran su sabiduría y su indiferencia ante el tremendo poder que atesoraba ya Alejandro como soberano de Grecia, Persia e India. Conectan, por el tipo de vida que defienden —caracterizada por el desprecio hacia los bienes materiales— y por el desdén que les produce todo lo relacionado con el gobierno de los hombres, con los filósofos cínicos (como hemos

⁷⁸ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 170.

⁷⁹ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 163.

⁸⁰ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 294.

⁸¹ «E fallolos despojados e pobres e sus fijos e sus mugeres cogiendo berças por los campos. E estovo con ellos, e fisoles muchas questionnes de sapiencia». *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 294.

visto, muy relacionados con la historia de Alejandro Magno a través de Diógenes de Sínope). El emperador macedonio reconoce ante estos «berhemos» su condición de mortal:

—Demandadme algunt don que de al vuestro pueblo.

E dixieronle:

—Non queremos de ti al sinon que nos fagas vevir sienpre.

E dixoles:

—¿Commo puede faser vevir a otro el que non puede [annadir] en su vida una ora sola? E esto non es en poder de ninguno.⁸²

En ese momento, los gimnosofistas cuestionan la legitimidad de las empresas de Alejandro, que responde con un argumento puramente teológico. Esto suscitaría en el lector medieval de *Bocados de oro* —con probabilidad, un noble o un miembro de la casa real— un interés bastante elevado, pues le serviría como argumento base con el que justificar muchos de los enfrentamientos bélicos que él mismo habría de acometer. La guerra, así, se explicaría como cumplimiento del mandato divino:

—Pues que esto sabes, ¿por que punas en estragar atanta gente e ayuntar los thesoros de la tierra, sabiendo tu que lo has (todo) de dexar?

E dixoles:

—Yo non fago esto por mi, mas el mio Dios me envio para faser parecer la su ley e para estragar los que lo descreen. ¿E [non] sabedes vos que las ondas de la mar non se mueven fasta que las mueve el viento? E yo otrosi si el mio Dios non me enviase non saliera de mi lugar, mas yo siempre obedeci el mandamiento de Dios, e obedesceré fasta que me venga la muerte, [e quitarme he] del mundo desnudo commo vine a el.⁸³

Las alusiones a Dios o a la doctrina cristiana no quedan limitadas a la primera parte del capítulo dedicado a Alejandro Magno en *Bocados de oro* (la más biográfica), sino que están asimismo presentes en el segundo apartado, que reúne multitud de máximas, anécdotas y sentencias. En ellas, defiende que el hombre siempre ha de respetar a Dios, al que debe rendir cuentas por todas sus acciones:

E dixo Alixandre: conviene al omne que haya verguença de faser cosa en su casa con su muger e sus fijos e sus conpannas, e fuera de su casa por los que se encontraren con el, e si lo fase es seguro que

⁸² *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 295.

⁸³ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 295.

gelo non entiende ninguno dexelo por su alma, e si no hoviere verguença de todas estas cosas hayala de Dios.⁸⁴

A Dios, además, Alejandro recuerda que se le debe obedecer bajo cualquier circunstancia, guardando sus mandamientos. Sólo así el hombre conseguirá ser feliz, obtener la salvación y no consumirse en el pecado:

E mandava cada dia pregonar a su puerta tres veses: omnes, obedecer a Dios es mejor que faser pecado, pues guardadvos, que la obediencia aprovecha y la desobediencia nuse.⁸⁵

6.3. LA IMAGEN DEL MONARCA MEDIEVAL

Durante la Edad Media, Alejandro Magno fue uno de los personajes históricos más conocidos y admirados por el público lector. Esto no ha de resultar extraño, pues su condición de conquistador imparable, sagaz estratega y sabio rey motivó, sin duda, que su figura fuera ensalzada hasta el extremo y, con ello, que los anhelos de imitación se convirtieran en habituales. Los reyes medievales, en un intento por afianzar su posición y encarnar el paradigma de monarca perfecto, trataron de servirse de su modelo para convertirse, ellos mismos, en «un Alexandre Magno»⁸⁶.

Los dos pasajes que acabo de relatar en el apartado anterior (el de la batalla contra el rey Poro y el de los «berhemos» o gimnosofistas, ambos adaptados⁸⁷ a partir de los episodios paralelos del *Pseudo Calístenes* que les sirven de fuente) hubieron de despertar un notable interés para el hombre medieval, ya que servían como legitimación de las constantes guerras (derivadas de las luchas de poder habituales) en este periodo histórico. Escaramuzas, razias y batallas eran acciones cotidianas a lo largo de los cientos de kilómetros que formaban la frontera cristiano-musulmana de los siglos XII y XIII. El objetivo, más allá de la tan famosa y publicitada expulsión de los musulmanes de la Península, era para todos los reinos, en gran medida, ampliar las fronteras propias y convertirse en

⁸⁴ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 307.

⁸⁵ *Id.*, p. 307.

⁸⁶ Esta no es una cita extraída de una obra medieval, sino del *Lazarillo de Tormes* (comienzo del Tratado segundo), lo que prueba la extraordinaria difusión que conoció la figura de Alejandro en la Edad Media y épocas posteriores. «Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con éste un Alexandre Magno». Quiere decir con esto el pobre Lazarillo que el ciego se convertía, comparado a su nuevo amo, en un ejemplo de magnanimidad y generosidad. Véase en: FRANCISCO RICO, *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Real Academia Española, 2011, p. 26.

⁸⁷ En el encuentro con los gimnosofistas del *Pseudo Calístenes*, Alejandro también visita a este pueblo de forma pacífica, movido por el deseo de ampliar su sabiduría. El episodio, sin embargo, aparece mucho más abreviado en los *Bocados de oro* que en su fuente original, pues son omitidos muchas de las preguntas que los sabios indios plantean al rey macedonio (relativas a la mortalidad, la vida, la extensión de la tierra y el mar, el hombre como un animal destructor, el tiempo, la monarquía, etc).

la potencia hegemónica. Ello, si bien no era cuestionado —evidentemente, no existían en la Edad Media las ideas pacifistas que hoy pugnan por imperar en nuestra sociedad—, sí es cierto que pudo causar ciertos reparos morales y teológicos, en especial si los ataques se producían entre reinos cristianos. Vemos, por lo tanto, lo bien que encajan espejos de príncipes como *Bocados de oro* en un contexto como el que existía en la Península Ibérica del siglo XIII⁸⁸.

Centrémonos, por ejemplo, en los hechos militares más relevantes acaecidos durante el reinado de Fernando III el Santo (1217-1252) y Alfonso X el Sabio (1252-1284). Con el primero, el Reino de Castilla consiguió, además de la unificación con el Reino de León, nuevos territorios a costa de los musulmanes, como Córdoba (1236), Jaén (1246), Sevilla (1248) y Cádiz (1250). Su labor como político y militar fue determinante en el futuro de los reinos peninsulares, pues fue en este periodo cuando comenzó a fraguarse la hegemonía del Reino de Castilla sobre el resto de territorios de la Península. Alfonso X, que había participado activamente en las campañas de conquista de su padre cuando era infante —en especial en las de Sevilla y Murcia—, consolidó las nuevas posesiones castellanas mediante la aprobación de nuevas leyes, medidas económicas y privilegios para los repobladores llegados desde las tierras del norte⁸⁹.

Este breve contexto puede darnos la pista para comprender la relevancia que obras pertenecientes al género de los espejos de príncipes pudieron tener en los ámbitos nobiliarios de la época, en los que estos libros se convertirían en valiosos manuales con los que los futuros reyes y nobles podrían guiarse en el regimiento de los hombres, la administración del reino y las campañas militares. *Bocados de oro*, desde esta perspectiva, presentaría al ejemplo perfecto de monarca sagaz y sabio, capaz de moverse con maestría en territorio enemigo —Asia—, con un número reducido de tropas y recursos y conseguir, además, salir invicto de cada una de las batallas en las que participaba. Era la imagen en la que todo rey querría poder reflejarse.

De hecho, si la primera parte del capítulo dedicado a Alejandro en *Bocados de oro* se centra en ofrecer al lector la narración de los hechos y hazañas que protagonizó el monarca macedonio desde que es nombrado rey hasta que muere de forma prematura en Babilonia —después de haberse convertido en el mayor genio militar de la Historia y de haber conquistado un inmenso imperio—, la segunda parte (encabezada con el título de: «Aquí habla de los castigos del rey Alexandre») se encarga de recoger muchas de las enseñanzas y consejos que Alejandro Magno aprendió durante su

⁸⁸ Recomiendo la lectura de una obra que me ha ayudado enormemente a comprender la mentalidad medieval respecto de la guerra y las necesidades morales que de ello se derivaron: FRANCISCO GARCÍA FITZ, *La Edad Media: Guerra e ideología —Justificaciones religiosas y jurídicas—*, Madrid, Sílex, 2003.

⁸⁹ PIERRE BONNASSIE *et alii*, *Las Españas medievales*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 208-214

vida (este mismo modelo es aplicable a otros sabios que aparecen en la obra). Presentados en forma de diálogos, máximas y sentencias breves, están orientados a enseñar a todo monarca a gobernar correctamente su reino, además de procurar el respeto y la felicidad de sus súbditos. El capítulo no se proyecta sobre una estructura clara, pues intercala *exempla* y máximas referidas a diversos temas sin plantear una evolución lógica, mezclando reflexiones de distinto tipo. Los dos primeros castigos fundamentan su argumentación en el propio Dios, al que los hombres deben obedecer y respetar bajo cualquier circunstancia («¡Hombres, obedeced a Dios! Que es mejor que no hacer pecado»): deben sentir vergüenza ante él por las malas acciones que cometan. Cierto es que la presencia de elementos cristianos en el resto de máximas es escasa, pero no deja de ser significativo que el capítulo se inicie con estas exhortaciones a la obediencia a la doctrina cristiana, lo que le otorga una mayor solidez argumentativa al resto de castigos. El origen de estas sentencias y diálogos es difuso, pues el proceso de transmisión de los saberes que contienen comienza probablemente en la época de la Grecia clásica —o puede ser, incluso, anterior— y se cruza con multitud de influencias y tradiciones, como la neopitagórica, hermética, cristiana o árabe⁹⁰.

Varias máximas se convierten en una reflexión sobre la importancia del saber y el seso en la vida de los hombres («E todas las cosas son so el poder del seso y de la lengua») y sobre el poder igualitario de la muerte: el último descendiente de una dinastía casi extinta se afana por separar los huesos de sus antepasados de los del resto de hombres, tarea que no consigue completar con éxito («Puno en apartar los huesos de los reyes de los huesos de los siervos, y hállosos iguales, y no puedo y dar recabdo»). Por otra parte, el saber es presentado en la obra como el instrumento que permite al hombre obtener la salvación del alma. Por ello, cuando preguntan a Alejandro por qué honra más a su maestro que a su padre, éste ofrece una respuesta del todo lógica: «Porque por mi padre he la vida fincable, y por mi maestro he la vida perdurable». Es, a su vez, una exaltación de la importancia que los sabios desempeñan en la formación de todo joven príncipe, que debe guiar su aprendizaje y, más tarde, escuchar el consejo de sus sabios de confianza, si quiere gobernar correctamente.

Los *exempla*, castigos y diálogos relacionados con el regimiento del reino, que aspiran a convertirse en modelos a seguir por jóvenes príncipes, conforman el principal núcleo didáctico del capítulo. Así, Alejandro afirma no contar como día de su reinado aquel en el que no pudo beneficiar a ningún hombre. Este planteamiento tiene mucho que ver con la concepción del rey como garante y benefactor de la felicidad de sus súbditos, casi como si se tratase de una figura paternal; por ello,

⁹⁰ «Nuestras obras dentro de la tradición sapiencial antigua: estratos recientes»

en otro diálogo es preguntado por uno de sus allegados sobre cómo se puede ganar el amor de los hombres. Alejandro Magno, de manera concisa y sencilla, le responde con un argumento que denota la existencia de un pensamiento completamente altruista: «El que ha poder de hacerles bien que lo haga, y el que no lo ha, que no les haga mal». Hacer el bien en toda ocasión, siempre que sea posible, aparece en otro de los diálogos, en el que le cuestionan cómo ha podido acumular tantísimo poder siendo él tan joven: «Porque puse siempre de haber muchos amigos y hacer bien a mis enemigos, y con esto reiné y me apoderé».

Espacio hay, también, para ofrecer consejo a los reyes sobre modos concretos de actuación. Se dice que una de las cosas que más conviene al rey es la de «pensar de noche en bien del pueblo, y mandarlo hacer de día», lo que aúna la preocupación constante por el reino con la capacidad de anticipación que todo monarca ha de poseer. Todo rey, además, ha de saber escoger con cuidado a sus colaboradores y consejeros más próximos; no sólo porque la corte sea identificado como un lugar hostil y peligroso en el que es necesario extremar las precauciones (para evitar traiciones y mentiras), sino porque gran parte de las decisiones que el rey lleve a cabo dependerán de la opinión que han manifestado al respecto su círculo de confianza. Así, cuando Alejandro pide ayuda sobre cómo gestionar el reino, su maestro (supuestamente, Aristóteles) le responde: «Cata al que tiene siervo y los mantiene bien, hízle señor de la tu caballería. Y al que ha heredad y la mantiene bien, hízle señor de las rentas». En otra de las sentencias, Alejandro reconoce que una de las cosas que más le han gratificado como monarca es la de poder favorecer a las personas buenas que previamente le habían ayudado a él («Que hobe poder de galardonar al que me hizo bien, más del bien que él me hizo»), con lo que demuestra la honradez y buena disposición que todo noble ha de mostrar hacia sus súbditos o aliados.

Inteligencia, visión estratégica y audacia son algunas de las más importantes cualidades que han de caracterizar a un buen rey. La explicación, tal y como hemos podido entender a través del contexto que existió en Castilla durante la Edad Media (entre otros muchos lugares), es sencilla: de nada le sirve a un monarca o a un noble terrateniente hacer crecer y prosperar sus estados gracias al saber y el entendimiento si, después, no posee la fuerza suficiente como para conservarlos o, incluso, ampliar sus propias fronteras. Por este motivo, a Alejandro no le importa que el ejército de Darío sea ampliamente superior al suyo en número de efectivos, pues confía en su astucia como estrategia y en la mayor calidad de sus tropas para obtener la victoria final («El buen cocinero no se espanta de mucho ganado»). Asimismo, es importante que el rey se ocupe, siempre que sea posible, de solucionar sus propios asuntos —en especial los relacionados con la guerra—, ya que nadie

podrá dedicarse a ellos con la misma intensidad ni interés: «No será derecho que los otros lidien por mí, y yo que estoviese quedo».

La misoginia, tema tan propio de la tradición medieval castellana, también ocupa algunas de las máximas de Alejandro. En concreto, aparece en dos de sus castigos. En uno de ellos, sus sabios consejeros le piden que haga traer a numerosas mujeres a la corte para que después pueda tener muchos hijos que le sucedan. Lacómicamente, él responde: «Non conviene al que vence a los hombres que le venzan las mujeres». En otro, se cuenta cómo fueron hechas prisioneras las hijas de Darío y otras mujeres de su corte, todas ellas de gran belleza, por lo que sus hombres le insisten en que fuese a conocerlas para contemplar su hermosura. La respuesta que da está muy relacionada con la anterior máxima, pues ambas manifiestan el cuidado que ha de siempre ha de mostrar el hombre cuando acerque a sí a una mujer, ya que corre el peligro de ser gobernado por ella: «Fea cosa es que nos veamos los hombres lidiando con ellos y ellos con nosotros, y que nos venzan sus mujeres seyendo ellas presas». De hecho, una de las últimas enseñanzas del capítulo se refiere, sin nombrarlo (tan sólo dice que salieron unas mujeres a luchar con él), al supuesto encuentro que tuvo lugar entre Alejandro y las legendarias amazonas⁹¹. La condición femenina de éstas, afirma, le hizo no buscar el combate, pues no tenía nada que ganar (se espera que los hombres venzan a las mujeres en el manejo de las armas bajo cualquier circunstancia), pero sí podría perder todo su honor si llegase a ser derrotado por unas mujeres: «Esta es caballeria que, si la venciéremos no valeremos más por ella, y si nos vencieren seremos afrontados para siempre».

La justicia y el cumplimiento de la ley son dos de los temas centrales de *Bocados de oro*. Son, también, capitales en otras muchas obras del siglo XIII, en especial en las concebidas en los talleres alfonsíes, en las que el rey y sus sabios son los responsables de proporcionar al reino un conjunto de leyes que garanticen su supervivencia y expansión⁹². El rey es, asimismo, de que se cumpla lo dispuesto en los códigos legales. Así, la firmeza y el sentido de justicia caracterizan a Alejandro, que no se conmueve ante un ladrón que va a ser ahorcado y que le pide clemencia por haber robado obligado por sus circunstancias personales («Lo que hice, hícelo a pesar de mi»). La respuesta del macedonio es un juego de palabras: «Por eso te ahorcarán a pesar de ti».

⁹¹ Esta mención indirecta a las amazonas muestra la evidente vinculación que tiene *Bocados de oro* respecto del *Pseudo Calístenes*, del que toma el episodio. Es en esta obra donde Alejandro visita el País de las Amazonas e intercambia algunas cartas con ellas en las que describen su modo de vida y costumbres. Su reino posee forma circular y una única entrada; en él habitan casi doscientas setenta mil doncellas vírgenes armadas que no se relacionan con hombres (si esto sucede, son expatriadas). Finalmente, las amazonas reconocen a Alejandro Magno como soberano (por lo que no tiene lugar ninguna batalla entre ellos), le envían tributo e, incluso, a quinientas mujeres para que sirvan a sus órdenes en el ejército durante un año. *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, pp. 202 - 205.

⁹² RIVERA GARCÍA, *ob. cit.*, p. 21.

Las conclusiones obtenidas tras la lectura y análisis del capítulo de *Bocados de oro* dedicado a Alejandro Magno son claras: la obra en su conjunto fue concebida, además de como un manual de conocimiento sapiencial, como un espejo de príncipes que sirviese para guiar la educación de los jóvenes de la nobleza (en nuestro caso, de la nobleza castellana del siglo XIII, aunque su origen fuese anterior). Su utilidad, para el filólogo, es equivalente a la que puede tener un estrato fósil para el arqueólogo; memoria, pensamientos capturados en manuscritos que vivieron ya en la Península Ibérica hace más de mil años.

6.4. LA SOBERBIA DE ALEJANDRO

De entre todas las opiniones y análisis que los críticos literarios han vertido acerca de las diferentes perspectivas que ofrecen las obras referentes a Alejandro Magno, la condena o mención a su «soberbia» ha sido la que mayor recorrido y fama ha conocido. ¿Cuál es el sentido exacto, sin embargo, de este calificativo tan extendido? No es otro que el se deriva de la visión de Alejandro Magno como un hombre afanado y obsesionado por ampliar su conocimiento, recopilar saberes ignorados en Occidente y explorar lugares que nunca antes el ser humano había visitado (como las profundidades submarinas o la atmósfera terrestre, a los que consigue llegar gracias a dos ingeniosos aparatos fabricados para el cometido). Visto a través de la mentalidad medieval, será justamente ese ímpetu por superar los límites otorgados al conocimiento humano lo que terminaría por condenarlo. Se trata, en definitiva, de un reto planteado al propio Dios, al que trataría de igualar en sabiduría y conocimiento (lo que no puede realizarse, pues ha de ser Dios el que proporcione al hombre los conocimientos justos y necesarios, pues a él le pertenecen).

Era intolerable e incomprensible para la mentalidad medieval, precisamente, porque la soberbia es uno de los siete pecados capitales del cristianismo, quizás el más grave y peligroso de todos ellos. Así es identificada en el *Libro de Alexandre*, donde la soberbia es la «reina» de los vicios, a los que otorga «gobierno e soldada»⁹³. La explicación es sencilla: el hombre soberbio, es decir, aquel que gusta de destacar por encima del resto, es completamente opuesto al hombre ideal que propone el catolicismo, caracterizado por su generosidad, honestidad, desinterés, altruismo y falta de egoísmo. En el *Alexandre* se dice, además, que fue la soberbia lo que condujo al pecado a

⁹³ *Libro de Alexandre, ob. cit.*, p. 484, cuaderna 2407.

Adán y Eva (la serpiente les había prometido ser tan sabios como Dios si comían del árbol una manzana) y lo que produjo el enfrentamiento entre Dios y Lucifer⁹⁴.

Sin embargo, es posible realizar aún una pregunta más sobre este asunto: ¿Tuvo el Alejandro Magno histórico el mismo empeño por el conocimiento que su homólogo literario? La respuesta es tremendamente compleja, dada la escasez de datos verídicos con que nos topamos al respecto. Sin embargo, las fuentes históricas sí parecen hacer referencia a ciertos avances en el ámbito de la ciencia que serían debidos a las expediciones de Alejandro. Por ejemplo, la exploración llevada a cabo en tierras de Oriente daría un gran impulso a los conocimientos cartográficos que los griegos poseían en aquel momento, pues tuvieron la oportunidad de visitar lugares que hasta entonces sólo figuraban en los mapas por simple conjetura y pudieron desmentir la existencia de otros que no eran más que mitos. Se dio también, en apariencia, un avance en el ámbito de la biología o la medicina, gracias a los datos que algunos de los expedicionarios pudo ir recopilando. Estas afirmaciones no más son más que simples conjeturas, pues desconocemos hasta qué nivel el propio Alejandro estuvo interesado en promocionar la adquisición de nuevos saberes. A pesar de ello pudo haber en su ejército ciertos hombres curiosos —ávidos de investigación y conocimiento— que, quizás, estuvieron guiados por un interés desinteresadamente epistemológico⁹⁵ y divulgativo que, más tarde, daría origen a una gran cantidad de obras científicas y de viajes hacia tierras orientales en la literatura griega y sus derivados.

La soberbia constituye uno de los temas nucleares de la leyenda de Alejandro: está presente en prácticamente todas las obras que se conservan de la tradición literaria referida al macedonio. Su importancia no es baladí, pues será precisamente la excesiva ambición lo que termine conduciendo «al protagonista a la derrota»⁹⁶. Así, el aviso contra la soberbia o el exceso de conocimiento es ya explícito en el *Pseudo Calístenes* —fuente principal, recordemos, de *Bocados de oro*— en episodios como la muerte de Darío (el rey persa, antes de morir, previene a Alejandro sobre los peligros que

⁹⁴ «[...] que Dios nunca oviera de Lucifer querella,/ Adam tan malmetido non fuera a la pella [...]». *Libro de Alexandre*, *ob. cit.*, p. 484, cuaderna 2409.

⁹⁵ GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, pp. 378-379.

⁹⁶ ISABEL URÍA MAQUA, «La soberbia de Alejandro Magno y sus implicaciones ideológicas», en *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. XIX (pp. 513-528), 1996, p. 513.

corre el hombre al envanecerse⁹⁷), el ave parlante⁹⁸ o alguno de los intercambios epistolares que jalonan la obra⁹⁹. En una de estas misivas, Alejandro contacta con los habitantes de Tiro para solicitar la rendición de la ciudad y muestra un talante del todo arrogante:

Yo, Alejandro, rey, hijo de Amón y del rey Filipo, el más grande rey de Europa y de toda Asia, de Egipto y de Libia, a los tirios, que ya no sois nada. [...] Así que sólo con vuestro ejemplo van los demás a aprender cómo someten los macedonios con fuerza vuestro desvarío, y temblarán de oponerse a nosotros. Ya es seguro el oráculo que se os dio. Invadiré vuestra ciudad. ¡Que os vaya bien de acuerdo con vuestra sensatez, o si no, que os vaya bien en vuestro infortunio!¹⁰⁰

Este comportamiento encaja de pleno en lo que hoy entendemos por soberbia. Sin embargo, el uso de la palabra al que se refieren las distintas obras de la tradición no tiene tanto que ver con esta acepción, como con el reto a Dios que supone la búsqueda incesante de nuevos conocimientos al que anteriormente me he referido. El tono de esta misiva a Tiro puede ser visto como una simple muestra de la determinación de un militar por tomar una ciudad que tiene bajo asedio. Por ello, al avanzar algunas páginas más en el relato del *Pseudo Calístenes*, el lector se topa con una caracterización de Alejandro del todo contraria a la soberbia o la altanería. Se trata, de hecho, de un ensalzamiento de su bondad y bonhomía. Así, tras la cruenta batalla de Issos, «después de vencer a sus contrarios y de haberse cubierto de tamaño honor, no hizo nada soberbio, sino que ordenó enterrar a los más valientes y nobles que habían muerto. Del mismo modo confortó con elogios a los restantes prisioneros»¹⁰¹.

De manera sorprendente, la soberbia no ocupa un lugar central en la *Alexandreis*, donde su autor, Gautier de Châtillon, «la describe brevemente, entre los otros pecados, como uno más»¹⁰². No

⁹⁷ «—¡Rey Alejandro, nunca te ensoberbezcas con la gloria de la tiranía! Cuando hayas logrado una obra igual a la de los dioses y pretendas alcanzar con tus manos el cielo, atiende al futuro». *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 149.

⁹⁸ Alejandro y parte de sus tropas recorren los confines de Oriente y visitan todo tipo de lugares fantásticos y fantasiosos. Dentro de un fastuoso templo, una paloma encerrada en una jaula de oro (curiosa, cuanto menos, la metáfora del encierro áureo, aplicable a todo aquel que nada en la abundancia pero no posee libertad) le grita en lengua griega: «¡Alejandro, deja ya de oponerte a los dioses y vuelve a tu propia casa y no pretendas ascender por las rutas del cielo!». *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 209.

⁹⁹ En una de ellas, Darío recuerda la fracasada expedición que su antepasado Jerjes realizó a Grecia. De ella salió derrotado por su desmedida ambición y soberbia: «Así pues Alejandro, medita tú ahora su fortuna y su castigo, y rechaza la soberbia». *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 143.

¹⁰⁰ *Id.*, p. 92.

¹⁰¹ *Id.*, p. 102.

¹⁰² ISABEL URÍA MAQUA, *ob. cit.*, p. 515.

le concede la importancia que sí poseerá en el *Libro de Alexandre*, que se sirvió de ella como fuente y amplificó la trascendencia que tuvo este pecado en el fatal desenlace de Alejandro Magno. En él, Alejandro es también ejemplo del monarca perfecto, sabio y buen militar. Sin embargo, son constantes las alusiones a su mucha soberbia y su sed insaciable por adquirir más sabiduría. El poeta del *Libro de Alexandre*, que concebía la soberbia como el más peligroso de los pecados (sigue en esto, a gran parte de la tradición medieval, que consideraba a la soberbia el origen del resto de pecados), insiste a lo largo de toda la obra en que fue ésta la mayor equivocación que cometió el rey Alejandro, ejemplar en todo lo demás: fue demasiado curioso y traspasó los límites del conocimiento que Dios había concedido al hombre. Ello lo sitúa, casi, al mismo nivel que Lucifer:

En las cosas secretas quiso él entender,
que nunca omne bivo las pudo ant saber;
quisolas Alexandre por fuerca conocer,
nunca mayor sobervia comidió Lucifer.¹⁰³

Era necesario —y justo— un castigo ejemplar contra él, pues su afán de sabiduría era «una especie de rebelión contra Dios, un desafío a su poder»¹⁰⁴. Incluso, cuando desciende a las profundidades submarinas, desprecia a todas las criaturas creadas por Dios por ser demasiado soberbias. Debido a ello, el propio Dios se ve obligado a responder y a castigar personalmente a Alejandro («ovo de Alexandre saña e grant rencura»; la imagen es cercana al Dios del Antiguo Testamento), incapaz de comprender su propia soberbia.

Bocados de oro sigue esta misma tradición en el capítulo dedicado a Alejandro Magno; sin embargo, el aviso contra la soberbia no es tan explícito como en el *Libro de Alexandre* y, desde luego, los episodios relacionados con ello de una manera bastante más espaciada. Será útil analizar algunos de ellos.

En uno de ellos, el rey Darío, en sus últimos estertores, aconseja a Alejandro lo siguiente: «No te precies ni te pongas en más alto de tu estado, ni fies en este mundo y abóndate que es predicado por lo que ves, que a mí acaesció». Las últimas palabras de Darío adquieren una gran eficacia, en primer lugar, porque las pronuncia cuando está a punto de morir, precisamente, a causa de haber sido demasiado soberbio. En efecto, en los episodios previos de la obra en los que se narra cómo desprecia y denigra a Alejandro en una misiva en la que le califica de «ladrón» y de loco. Le envía,

¹⁰³ *Libro de Alexandre, ob. cit.*, p. 468, cuaderna 2327.

¹⁰⁴ ISABEL URÍA MAQUA, *ob. cit.*, p. 518.

además, unos regalos con los que trata de amedrentarlo y humillarlo¹⁰⁵. Después, cuando los macedonios ya avancen sobre las ciudades y posiciones persas, Darío muestra una confianza ciega en la capacidad militar de su imperio y actúa relajadamente; piensa que posee un ejército mayor y mejor preparado que el de Alejandro y no hace mucho por frenarlo. Los hechos le demostrarán lo contrario. Por eso, cuando está a punto de morir —después de ser traicionado por algunos de sus propios hombres—, advierte el gran error que cometió al considerarse a sí mismo el monarca más poderoso que había sobre la Tierra. Este episodio es tomado directamente del *Pseudo Calístenes*, en el que Darío, después de ser apuñalado por Besso y Ariobárzanes —los dos sátrapas que le traicionan—, dedica a Alejandro unas palabras casi idénticas: «¡Rey Alejandro, nunca te ensoberbezcas con la gloria de la tiranía! Cuando hayas logrado una obra igual a la de los dioses y pretendas alcanzar con tus manos el cielo, atiende al futuro»¹⁰⁶.

En cierto momento de la obra, su madre, que en la obra recibe el nombre de Roquia (históricamente, era Olimpia), le envía una carta, precisamente, para advertirle sobre el peligro que corre si se envanece ante las continuas conquistas y victorias que está consiguiendo en Asia. Retoma uno de los temas más obsesivos para la literatura medieval; la Fortuna y sus constantes e impredecibles oscilaciones:

Fijo, non te prescies, que ello te abaxara, e sepas que con poco te mudaras del estado en que agora eres. Fijo, guárdate de escasesa qu'es cosa que te nusira. Fijo, cata los thesoros e los haveres que has ayuntado, e enviamelos ayna con un omne sobre un caballo.¹⁰⁷

En *Bocados de oro*, el propio Alejandro envía, justo antes de morir, una carta de despedida a su madre. En ella, trata de consolarla refiriéndose a la muerte como la culminación de un proceso natural al que todos los hombres y criaturas de este mundo han de llegar en algún momento. Sin embargo, Alejandro no muestra en la misiva ningún tipo de arrepentimiento. Tampoco pide perdón a Dios por haber sido dominado por la soberbia. Creo que ello no debe sorprendernos, pues lo cierto es que en la narración de *Bocados de oro* apenas hay espacio para los episodios en los que, a lo largo de toda la tradición literaria, el emperador macedonio muestra su soberbia de una manera más evidente, pues su autor no incluyó ninguno de ellos, como la ascensión a los cielos a lomos de dos

¹⁰⁵ «E envíete una arca llena de oro por que sepas que he mucho oro con que pueda faser lo que quiero, e una espada por que sepas que todo el mundo tengo en mi mano, e un saco de ajonjuli por que sepas que he grand caballeria, e una sorriaga para castigarte como a moço». *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 283.

¹⁰⁶ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 149.

¹⁰⁷ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 290.

aves, el viaje hacia lo más profundo del mar o la exploración extrema de los límites del mundo conocido¹⁰⁸ —este último tan sólo aparece esbozado mediante la descripción de algunas de sus visitas a los lugares que se extienden más allá del reino de Poro, como el encuentro con los gimnosofistas o la Tierra de Cay—. Por ello, es lógico que la crítica a la soberbia de Alejandro esté mucho más atenuada en *Bocados de oro* que en el resto de obras, pues *Bocados*, para mantenerse fiel a la historia que transmite, incluye tan sólo algunas alusiones a la soberbia del macedonio que tal vez no se entenderían correctamente si antes no se conoce la tradición en la que se inscriben: mantiene alguna de ellas por convencionalismo —todo el mundo habría de saber que Alejandro estaba caracterizado por la soberbia—, pero decide dedicar su atención a otros asuntos. En *Bocados de oro*, más que la crítica de la soberbia, interesan otros temas más cercanos a lo sapiencial, como los que son tratados en las máximas y las sentencias —la mayor parte de ellos, relacionados con el gobierno del reino—. Resulta extraño, cuanto menos, que una obra como ésta, que no deja de ser un espejo de príncipes, no explote más el aviso contra la soberbia, pues cualquier joven rey que se asentase sobre un trono poderoso podría verse tentado a convertirse en soberbio.

Es difícil precisar cuál pudo ser el hecho real que dio origen a las críticas que gran parte de la tradición literaria dedican a la supuesta soberbia de Alejandro. En mi opinión, pudieron comenzar ya durante la vida del propio Alejandro Magno, tal vez a consecuencia del comportamiento que desarrolló en los últimos años de su reinado. Efectivamente, tras la conquistas de Persia, Alejandro Magno comenzó a incorporar costumbres, ritos y ceremonias persas a su corte. Impuso hacia 327 a.C., entre otras medidas, la *proskúnesis* —postración de rodillas—, gesto con que sus súbditos se humillaban ante los grandes emperadores persas en señal de veneración y respeto. La incorporó, quizás, para asimilar las costumbres del reino que ahora controlaba, pues ello le permitiría acelerar la aceptación de su soberanía por parte de la aristocracia y pueblo persas. Sin embargo, pronto sus propios hombres —macedonios y griegos— criticaron esta medida, ya que no se encontraban cómodos realizando tal ceremonia: les parecía más propia de gentes bárbaras que de hombres civilizados (los griegos tan sólo se postraban ante los dioses, nunca ante caudillos o reyes). Esto supuso, además, el comienzo del proceso de divinización de la figura de Alejandro Magno, que es rastreable en varios hitos de su leyenda: su visita al templo egipcio del dios Amón (del que se creía

¹⁰⁸ Allí, Alejandro y su ejército se adentran en lugares misteriosos y fabulosos, nunca pisados por el hombre. Se enfrentan a unos hombres gigantescos, dotados de un cuello larguísimo y de unos brazos en forma de sierra. Conocen, también, a unos hombres con el rostro de color rojo, a unos humanos salvajes de gran envergadura y a unos «oclitás». Entre las criaturas fantásticas con las que se topan, destacan los leones de tres ojos o las pulgas de tamaño colosal. Sorprendentes son, a su vez, los árboles menguantes, que crecen repentinamente y lloran. La lista de flora y fauna que es descrita es larguísima, por lo que me he limitado a citar los ejemplos más curiosos.

descendiente) en el oasis de Siwa en el 324 a.C., su supuesta pertenencia al linaje de Nectanebo II¹⁰⁹ —último emperador de Egipto— y la orden de ser considerado como un dios por todos los griegos¹¹⁰, lo que fue acogido con miedo y, al mismo tiempo, ironía. De hecho, Simon Price afirma que este intento por divinizar su figura se explica, sencillamente, como un intento por legitimar su gobierno tiránico a ojos de los griegos, acostumbrados al autogobierno, que detestaban este tipo de despotismo¹¹¹.

6.5. FINAL Y MUERTE DE ALEJANDRO MAGNO

Un personaje grandioso requiere de una muerte a su altura. Ya me referí antes, en el apartado dedicado al contexto histórico de este trabajo, al misterio que rodea el fallecimiento de Alejandro Magno, sucedido cuando tan sólo contaba con treinta y tres años de edad. Al parecer, tras ingerir alcohol de manera exagerada en una fiesta —o tras varios días de jolgorio—, mientras se encontraba junto al ejército en Babilonia, el rey Alejandro comenzó a sentirse mal, por lo que se recluyó en sus aposentos. Su situación fue empeorando a lo largo de diez días (agudos dolores, fiebres hinchazón e, incluso, incapacidad el habla fueron alguno de los síntomas que padeció) hasta que murió.

En verdad, poco se sabe acerca de la verdad de tan oscuro fallecimiento. Unas fuentes indican que el rey había cometido excesos de un modo demasiado continuado como para poder soportarlo. Otras indican que pudo ser producido por la incapacidad de su cuerpo malherido —por las heridas sufridas durante el combate contra los malios¹¹²— para superar unas fiebres derivadas de la malaria.

¹⁰⁹ Si bien el Alejandro Magno histórico demostró, durante las etapas finales de su campaña en Asia, estar obsesionado por unos supuestos orígenes divinos, el Alejandro de los *Bocados de oro* no manifiesta nada al respecto. Puede resultar extraño, pues muy distinta es la visión que ofrece el fabuloso relato del *Pseudo Calistenes*: según éste, Alejandro sería hijo del adivino egipcio Nectanebo, rey de los egipcios que huyó a Macedonia después de que fuera invadido su reino. Allí conoció a la reina Olímpide, a la que consiguió engañar para yacer con ella (le hizo creer que él mismo era la encarnación del dios Amón). Por lo tanto, cuando años después Alejandro conquista Egipto, resulta del todo lógico y lícito que sea recibido con todo tipo de honores y se le otorgue la categoría de faraón. Desde el análisis más estrictamente histórico, lo cierto es que, sin espacio para la duda, Alejandro Magno fue hijo de Filipo de Macedonia y no de un mago egipcio. Sin embargo, esta visión de Nectanebo como padre de Alejandro Magno caló en la mentalidad medieval, pues aparece también en el *Libro de Alexandre*:

Por su sutil engeño,	que tanto aprodava
a maestre Netánamo	dizién que semejava,
e que su fijo era	grant roído andava.
¡Si lo era o non,	todo'l pueblo pecava! (c. 19)

¹¹⁰ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 322.

¹¹¹ *Id.*, p. 179.

¹¹² *Id.*, p. 72.

Las fuentes de la tradición literaria¹¹³, sin embargo, dan crédito de forma mayoritaria a los muchos rumores que acusaban a gran parte de sus consejeros y militares de ser responsables de haber asesinado a su rey. Su muerte habría sido debida a un complot, bien de su círculo más próximo, bien de ciertos enemigos que se encontraban en Macedonia (Antípatro y su hijo Casandro), pero también en Babilonia, y a los que les interesaba acabar con el tremendo poder de Alejandro Magno para obtener así una jugosa porción del vasto imperio que se había creado¹¹⁴.

Bocados de oro, sin embargo, no relata una muerte cruel y violenta entre sus páginas; ni siquiera plantea la posibilidad de que Alejandro fuese envenenado por sus hombres más cercanos. De hecho, ya he relatado en páginas anteriores cómo en esta obra el fallecimiento se produce de una manera completamente inesperada e intrascendente: Alejandro Magno descubre que se ha cumplido el oráculo que tiempo atrás le habían pronosticado y acepta con naturalidad e indiferencia su propia muerte, sobrevenida, al menos por lo que cuenta la narración, sin ningún mal de por medio, más allá de la sangre que le mana de la nariz. A pesar de que se supone que está agonizando, el rey macedonio decide escribir con tranquilidad una carta de despedida a su madre, que, por la atención que merece, será objeto de próximas investigaciones.

E disen que los estrologos havian fallado que Alixandre que havia de morir sobre suelo de fierro e so cielo de oro. E el que andava un día, corriale mucha sangre de las narises, e sentio flaqueza [tanta fasta que] hovo de decender de su caballo. E tomo uno de los sus caballeros la su loriga e tendiogela en que se asentase, e cubriolo con un panno de oro por tal quel' fisiese sonbra. E quando esto vio Alixandre dixo: «Ya llegada es la hora de la mi muerte». E llamo a su escribano, e dixo : «Fasme una carta [que envie a mi madre ante que muera]» [...].¹¹⁵

No es posible determinar con seguridad absoluta si el autor de *Bocados de oro* conocía o no la amplia y variada tradición acerca de la muerte de Alejandro Magno, aunque parece poco probable que no estuviese enterado de ella, pues estaba ya del todo extendida en la época en todo tipo de obras historiográficas y literarias. Incluso, una de las fuentes de las que parte —el *Pseudo Calistenes*— narra en detalle y de manera extensa el complot que se urdió desde Macedonia (con la

¹¹³ Un análisis detallado de los distintos tratamientos que se ha dado a la muerte de Alejandro en la literatura medieval castellana puede ser consultado en: CARLOS GARCÍA GUAL, «Apuntes sobre la muerte de Alejandro Magno en algunos textos hispánicos del Medievo», en *XVIII Simposio de la SELGYC (Alicante 9-11 de septiembre 2010)*, Alacant, Universitat d'Alacant, SELGYC [Sociedad Española de Literatura General y Comparada], 2012, pp.237-246.

¹¹⁴ Mi intención no es más que la de trazar un somero contexto en el que poder situar el tipo de muerte que narra *Bocados de oro*, por lo que me es imposible analizar al detalle las posibles explicaciones históricas para el deceso de Alejandro Magno. Insto al lector, sin embargo, a la lectura del ameno capítulo que Robin Lane Fox dedica por completo a este asunto en su obra sobre el macedonio: ROBIN LANE FOX, *ob. cit.* (2007), pp. 743-760.

¹¹⁵ *Bocados de oro*, *ob. cit.*, pp. 298-300.

colaboración de algunos de sus propios hombres que estaban con él en Babilonia) para envenenarlo durante el banquete que Medio Tésalo¹¹⁶, también conjurado, organizaba en su casa¹¹⁷. Un poco antes, el lector ya había recibido indicios de que la muerte de Alejandro estaba ya próxima: una indígena parió un ser cuya mitad superior se correspondía con la anatomía humana (pero que estaba muerta) y que por debajo de la cadera era una extraña bestia con multitud de cabezas de leones y perros (estaba viva). Uno de los adivinos interpreta esto como un augurio de que la muerte de Alejandro Magno está ya próxima y será responsabilidad de sus propios súbditos:

Poderosísimo rey de todos los hombres, la figura humana eres tú, las formas de fieras son los que te rodean. Y si la parte superior hubiera vivido y estuviera en actividad como los animales de abajo, estarías destinado a regir a todos. Así que, del mismo modo como ésta ha dejado la vida, así lo harás tú, rey.¹¹⁸

Después, se relata cómo Antípatro estaba menoscabando la autoridad de Alejandro en Macedonia y cómo éste, al enterarse de que el rey ha enviado al general Crátero para imponer su voluntad, consigue asesinar a Alejandro por medio de su hijo Casandro, que cuenta con la colaboración de un tal Yolas para suministrarle un potente veneno. El relato comparte con el resto de fuentes el largo periodo de agonía que Alejandro sufre hasta que muere y el amotinamiento de la mayor parte de sus hombres, que querían comprobar con sus propios ojos si era cierto que la muerte de su emperador era ya inevitable. Alejandro ordena que lo coloquen en un lugar desde el que pueda ser visto por todos sus soldados, que se acercan uno por uno para despedirse de él. A pesar de que este relato cuenta una amplia presencia en el resto de obras que narran la historia de Alejandro Magno¹¹⁹, no fue recogido por el autor de *Bocados de oro*.

El *Secretum secretorum*, sin embargo, que es otra de las fuentes de *Bocados de oro*, no incluye ninguna mención a la muerte de Alejandro. Ello se debe, en mi opinión, a que es ésta una

¹¹⁶ «El envenenamiento viene de una versión antigua, surgida pronto tras la muerte del héroe, de trasfondo político y dudosa consistencia histórica. Sólo, entre los citados, el texto de *Bocados de oro*, de tradición árabe, no alude al veneno y la traición de Antípatro». GARCÍA GUAL, *ob. cit.* (2012), p. 244.

¹¹⁷ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, pp. 216-227.

¹¹⁸ *Id.*, p. 215.

¹¹⁹ El *Libro de Alexandre*, por su parte, sí describe la muerte de Alejandro casi en los mismos términos que el *Pseudo Calístenes*, si bien sus versos no recogen el episodio del monstruo deforme y potencian aún más el dramatismo y la alevosía del traidor Yolas. Antes de morir, castiga una vez más a sus súbditos, reparte el reino entre sus generales y se encomienda a Dios. El envenenamiento tiene lugar justo después de que el poder de Alejandro se encuentre en su cenit, tras haber recibido a embajadores de naciones de todo el mundo que acudían a rendirle pleitesía. La *Alexandreis*, por su parte, narra también la visita de estos embajadores y el proceso de emponzoñamiento y muerte, si bien de un modo mucho más somero: *Libro de Alexandre, ob. cit.*, pp. 523-538; *Alejandreida, ob. cit.*, pp. 307-313.

obra de carácter plenamente sapiencial en la que prima la exposición de saberes y el didactismo por encima de cualquier tipo de ambición de tipo historicista: importa más la explicación y adquisición de saberes que el análisis de los hechos históricos. Esto sería aplicable al relato de *Bocados de oro*, que, a pesar de entremezclar de un modo más intenso la historia de Alejandro Magno con las máximas y sentencias que se le atribuyen, posee esa misma orientación sapiencial y formativa que el *Secretum secretorum*, pues es propia del género en el que se inscribe.

Tras escribir la carta de despedida para su madre (en *Bocados de oro*, llamada Roquia), es introducido en un ataúd de oro y llevado a enterrar a Alejandría: «E quando llego a muerte mando que lo posiesen en un ataud de oro, e que lo llevasen a Alixandria e lo soterrasen [...]»¹²⁰. Allí es recibido por Roquia y un completo cortejo de sabios y gentes de toda condición, que pronuncian sucesivamente una serie de sentencias con las que recuerdan a Alejandro y reflexionan sobre su vida y hazañas: «E dixo a los sabios: “Diga agora cada uno de [vos] algunt dicho por conortar a nos e pedricar al pueblo”»¹²¹. Muchos de estos dichos, sin embargo, son más bien mofas dirigidas contra la figura de Alejandro, antes tan poderoso, hoy igualado por la muerte al resto de los hombres.

E levantose uno de los deciplos de Aristotiles, e ferio con su mano sobre el ataud, e dixo: «O tu tan bien rrasonado, ¡como enmudeciste! O tu [tan] honrrado, ¡como te quebrantaste! Cayste aqui como cae la caça en el laso». E dixo otro: «Solia Alixandre guardar el oro [e la plata], e agora torno e oro a guardar a el». E dixo otro: «Agora te quitaste ya de los pecadores susios, e allegastete a los buenos e linpios». [...] E dixo otro: «Este es el que andudo toda la tierra del un cabo del mundo al otro, e felo puesto entre dos braças».¹²²

Estos dichos y sentencias que pronuncian los sabios denotan un evidente carácter didáctico, en el que se pretende hacer reflexionar al lector sobre la temporalidad de los bienes materiales frente a la inmortalidad que supone la salvación del alma. Incide, además, en la capacidad igualadora de la muerte, que no impide que alguien que había dominado más de medio mundo descansa ahora en su tumba, incapacitado para hablar, oír, ordenar, combatir o seguir aprendiendo nuevos conocimientos. Engarza, en este sentido, con obras de sentido moralizante como la *Alexandreis* o el *Libro de Alexandre*, que pretenden avisar precisamente de todo esto y de lo cambiante que es la fortuna (tema a su vez, muy presente en la literatura medieval). Se pretende, por lo tanto, que la suerte que ha corrido el rey Alejandro, muerto por envenenamiento, sirva como

¹²⁰ *Bocados de oro*, ob. cit., p. 301.

¹²¹ *Id.*, p. 302.

¹²² *Id.*, p. 302.

ejemplo al lector —fundamentalmente nobles, príncipes y monarcas— para que se cuide de no ser demasiado soberbio, de querer dominarlo todo y de no servir a Dios con moderación, sin intentar igualar su poder y sabiduría.

6.6. EL CARÁCTER DEL REY ALEJANDRO: BONDAD, SAPIENCIA Y AUDACIA

El autor de los *Bocados* parece, a través de los episodios de diálogos que selecciona, querer mostrar la dimensión más humana, humilde y piadosa de Alejandro Magno, pues reconoce su mortalidad (a pesar de haber conseguido realizar hazañas propias de un dios) y legitima sus campañas de conquista de Oriente Medio como un simple cumplimiento de la voluntad divina («[...] si el mio Dios non me enviase non saliera de mi lugar, mas yo siempre obedeci el mandamiento de Dios, e obedesceré fasta que me venga la muerte [...]»). De este modo, la imagen que se muestra de Alejandro en los *Bocados de oro* es la del perfecto monarca, pues gobierna de acuerdo a los designios divinos y conoce los límites de su poder (sabe que no es inmortal). Una vez que han sido ya analizados los hechos que protagoniza el Alejandro Magno de los *Bocados de oro*, es posible realizar aún otra pregunta: en la obra, ¿qué personalidad posee este personaje? Desde luego, la afabilidad y la benevolencia serán unas de sus características más repetidas y destacadas. Comprobémoslo a través de algunos ejemplos concretos extraídos de la obra.

En cierto momento, cuando Alejandro encuentra agonizante al rey Darío, limpia la tierra que cubre sus ojos, le pide que vuelva a ser rey de sus feudos y le promete que le ayudará a vengarse de sus enemigos, pues afirma: «yo por adebdado me tengo de ti»¹²³. En efecto, el rey queda en este episodio caracterizado como ejemplo de bondad y benevolencia, pues se ofrece a ayudar al que hasta hace escasos minutos era su más temido enemigo. El motivo no ha de sorprendernos: Darío acaba de ser traicionado por parte de sus propios súbditos y ha perdido todo cuanto poseía (su reino, familia, riquezas y honor), por lo que Alejandro Magno siente compasión por él, más, si cabe, porque ahora él ocupará su lugar en el trono de Persia, por lo que es responsable de impartir justicia y castigar a los traidores. Éste modelo en que se convierte el macedonio —el del rey cristiano y piadoso— ha de ser el que siga todo rey para guiar sus actos y conducta, pues, a su vez, ello le ayudará a conservar su reino y a ganarse el amor de amigos y enemigos. Así, si súbditos y vasallos distinguen en su rey un comportamiento honorable, ellos mismos tratarán de ajustarse a esta pauta

¹²³ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 288.

o, al menos, se sentirán más retraídos para desarrollar malas conductas, pues serán inmediatamente castigados y despreciados en todo el reino.

Un buen monarca, además, ha de garantizar la felicidad y bienestar de sus vasallos, para lo que es necesario recompensar los esfuerzos que realizan por él y el reino de forma puntual y generosa. Ello ha de traducirse en frecuentes y buenas pagas, pues son necesarias para mantener alta la moral de las tropas, especialmente en un contexto de campaña. En este sentido, el comportamiento que Alejandro Magno desarrolla en *Bocados de oro* es intachable:

E mandoles dar sus sueldos. E fallaronle tan esforçado e de tan [gran] coraçon e tan franco que nunca vieron otro tal rrey, e con grand mansedunbre e con bondad de maneras e muy cercano e muy piadoso a los flacos e a los pobres e muy fuerte en servicio de Dios e muy temido por que creian los omnes ciertamente que seria grande cosa.¹²⁴

Esta característica de Alejandro Magno, que podría ser considerada como un mero recurso didáctico, sin embargo, posee una base histórica contrastable: todas las fuentes antiguas se refieren a la gran capacidad que el monarca macedonio tenía para comunicarse con sus soldados, que lo veneraban de manera enérgica. Muchos de los que destacaban por su arrojo y valentía en combate eran premiados con grandes sumas de dinero o diversos bienes (también los que se licenciaban, que recibieron generosas compensaciones por tantos años de servicio). Era un líder carismático y muy querido por sus hombres, que fueron capaces de seguirlo a través de Asia durante más de nueve años de fatigosas travesías y peligrosos combates. Ello se debería a la propia personalidad de Alejandro, que sabía cómo tratar y cohesionar a sus generales, soldados y acompañantes:

Alejandro sabía entender perfectamente la psicología de sus hombres tratándolos con la deferencia debida en los momentos difíciles que precedían a las batallas, llamando a cada uno por su nombre [...] y recordando sus hazañas en combates anteriores, demostrando de esta forma que era consciente de los méritos que habían contraído combatiendo a su servicio. [...] Visitaba a los heridos después de la batalla preocupándose por su estado [...]. Desde luego su cuerpo exhibía las señales inconfundibles de su absoluta implicación en el combate revelando de forma palpable el alto grado de solidaridad que compartía con sus hombres en el momento de arriesgar su propio pellejo.¹²⁵

Esta visión de Alejandro como rey bondadoso y magnánimo (la más extendida en toda la tradición) puede parecer a nuestros ojos resultado de un largo proceso de idealización. Es innegable

¹²⁴ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 281.

¹²⁵ GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 276.

que parte de estas anécdotas pudieron no haber tenido lugar en la realidad y haber nacido como fruto de intereses secundarios (políticos, históricos, literarios o didácticos) que las habrían inventado o exagerado; sin embargo, lo cierto es que, de no ser ciertas estas descripciones que sitúan a Alejandro como un hombre compasivo y humanitario, difícilmente hubiese podido llegar tan lejos en sus conquistas, pues la traición, los motines o las revueltas internas se lo habrían impedido. Su casi total inexistencia (exceptuando dos episodios tardíos contra alguna de sus decisiones, que no contra su persona) puede ofrecernos la pista necesaria para averiguar la auténtica verdad: Alejandro Magno fue líder indiscutible y carismático entre sus tropas, a las que servía como nexo de unión y agente apaciguador. Con todo, sus generosas concesiones, muchas veces, pudieron deberse a unos intereses geoestratégicos determinados (controlar los territorios recién conquistados, por ejemplo) más que a un simple ejercicio de bondad. Incluso, existe toda una leyenda negra asociada a la Historia alejandrina que quedó algo más atenuada en la mayor parte de las obras literarias e historiográficas, como las masacres cometidas por su ejército, la ejecución de algunos de sus hombres más próximos, su excesiva dependencia a los oráculos y presagios o su desmedida afición al alcohol¹²⁶. Prácticamente ninguno de estos ecos —exceptuando su «soberbia»— llegaría hasta la idealizada perspectiva que de él se conoció durante la Edad Media.

Alejandro Magno es un hombre prudente, que sabe dominar los impulsos con su propia inteligencia: el autocontrol es una de sus características más importantes. Estudiémoslo en comparación con el *Pseudo Calístenes*. Al comienzo, un joven Alejandro llega a Pisa para competir en una carrera de carros. Allí conoce a un tal Nicolao, hijo del rey de los acarnianos, que lo desprecia por su mucha juventud e, incluso, le escupe y maldice. «Alejandro, enseñado por la naturaleza a dominarse, se enjugó con la mano el escupitajo ultrajante y luego, dirigiéndole una sonrisa mortal, dijo: ¡Nicolao, dentro de poco te venceré, e incluso a tu patria Acarnania subyugaré bajo mi lanza!»¹²⁷. Efectivamente, Alejandro vencerá poco más tarde en la carrera a Nicolao utilizando la astucia y la prudencia, pues decide ceder la primera posición a su contrincante para, al final, volcar su carro y obtener la victoria. El episodio adquiere de este modo una evidente carga didáctica para el lector: la impaciencia o los impulsos no han de dominar al hombre, pues tan sólo la razón y el ingenio conducen al camino adecuado.

Sin lugar a dudas, Alejandro es, en *Bocados de oro*, la representación del perfecto militar: es audaz, esforzado, calculador y, sobre todo, muy astuto e inteligente. Todo ello le permite obtener

¹²⁶ Recomiendo la lectura del capítulo «El lado oscuro de la leyenda» de la obra de Gómez Espelosín para informarse a fondo de todos estos sucesos y episodios. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, pp. 331-365.

¹²⁷ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 65.

victorias en cada una de las batallas a las que tiene que hacer frente, por muy complicadas que sean éstas (sin embargo, sus capacidades como militar no son las más destacadas en la obra, que prefiere centrar su atención en sus cualidades intelectuales, dado el carácter sapiencial de la misma). Incluso, cuando ha de medirse a fuerzas no convencionales —como lo son los elefantes y los lobos que se cuentan entre las filas del rey Poro—, es capaz de innovar nuevas estratagemas con las que vencer a su enemigo. En ese caso concreto, Alejandro reconoce que tiene miedo a este nuevo y desconocido adversario, pero logra hacer huir a las bestias colocando delante de sus propios soldados un gran número de piras y de hierros candentes. Cuando los animales tratan de atacar, se queman y emprenden la huida¹²⁸. Es entonces cuando chocan los dos ejércitos en una larga e interminable lucha (dura, según el relato de los *Bocados de oro*, más de veintiún días). El rey de los macedonios, en ese momento, propone a Poro que los dos, como respectivos señores de sus territorios, decidan la suerte de la batalla en un combate singular y, así, evitar la muerte masiva de sus súbditos. Alejandro saldrá victorioso con facilidad del lance, a pesar de la desmesurada envergadura y fuerza de Poro.

6.7. EL RETRATO FÍSICO DE ALEJANDRO Y OTROS DATOS RELATIVOS A SU REINADO

Aproximadamente, hacia la mitad del capítulo referente a Alejandro Magno —«Capítulo XVI. De los dichos y castigamientos de Alexandre, rey»— se incluye una descripción de su aspecto. Quizás, al lector moderno le resulte extraño que ésta no esté colocada al comienzo del mismo, donde su ubicación quizás adquiriría más sentido; sin embargo, en muchos de los capítulos de los *Bocados de oro* es habitual que la descripción de los rasgos físicos del personaje aparezca inmediatamente antes de que comience la narración de los diálogos y castigos de índole sapiencial. La caracterización de Alejandro en *Bocados de oro* es la siguiente:

E fue Alixandre rrubio e pecoso e delgado, e havia el un ojo zarco e el otro prieto, e los dientes havia menudos [e agudos], e el su rrostro semejante al rrostro del león, e fue muy fuerte, e uso lides desde mancebo.¹²⁹

Comparémosla, ahora, con la que aparece en el *Pseudo Calístenes*:

¹²⁸ En la batalla histórica del Hidaspes, Alejandro se topó con el ejército de Poros al otro de lado del ancho y caudaloso río. Después de numerosos movimientos a modo de finta, pudo vadear el río por otra zona más asequible y menos vigilada con una parte de su ejército, lo que terminará por otorgarle la victoria: consiguió neutralizar la ventaja que Poros tenía con sus elefantes, a los que separó de la columna principal. Véase en: J. MURCIA ORTUÑO, *ob. cit.*, p. 419.

¹²⁹ *Bocados de oro*, *ob. cit.*, p. 307.

La figura tenía de hombre y la cabellera de león; los ojos, de distinto color: el derecho, de tonos oscuros, y el izquierdo, glauco; los dientes, aguzados, como de serpiente, y en su marcha se reflejaba el coraje de un león.¹³⁰

Sin lugar a dudas, existe una relación entre ambas descripciones, pues coinciden en prácticamente todos los detalles que ofrecen: el distinto color de los ojos, el tamaño y forma de los dientes y la apariencia de león. De hecho, según García Gual, «el aspecto leonino de Alejandro está atestiguado por los historiadores. No así la asimetría de sus facciones, rasgo que revelaba, según creencia antigua, un poder demoníaco»¹³¹. Precisamente, esta asimetría coincide con una de las características que las tradiciones bíblicas y apocalípticas medievales atribuyen al Anticristo: «Su cabeza es una llama; su ojo derecho es sanguinario, su ojo izquierdo es azul oscuro y tiene dos pupilas [...]», tal como se afirma en el *Testamento del Señor*, por ejemplo¹³². Ello no implica que se pretenda identificar a Alejandro Magno con el Anticristo —ni mucho menos—; el propósito es, más bien, el de caracterizarlo como un hombre único, dotado de poderes que escapan al resto de los mortales y conectado, tal vez, a los oscuros e inescrutables saberes de la divinidad. Además, la caracterización de Alejandro Magno como un fiero león no es ajena a la tradición literaria romance, pues se encuentra, aunque ciertamente de un modo más resumido, en la decimocuarta cuaderna del *Libro de Alexandre*:

El infant', maguer niño, avié grant coraçón:
yazié en cuerpo chico braveza de león¹³³.

Desde luego, poco nos interesa a nosotros más allá de la simple curiosidad el aspecto que pudo tener Alejandro Magno, pues de hecho resulta casi imposible determinar si estas descripciones se ajustan o no a la realidad. Se han conservado multitud de retratos en bustos, estatuas, grabados y pinturas de varias ciudades de la Antigüedad, pero cada uno ofrece una apariencia distinta del rey macedonio. Por desgracia, no se han conservado ninguna de sus obras en las que aparezca Alejandro Magno. Además, dificulta la labor de reconstrucción el hecho de que en la Antigua Grecia la representación de un monarca estaba sujeta a modelos y limitaciones preestablecidas y

¹³⁰ *Pseudo Calístenes, ob. cit.*, p. 55.

¹³¹ *Id.*, p. 55.

¹³² BERNARD MCGINN, *El Anticristo*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 86.

¹³³ *Libro de Alexandre, ob. cit.*, p.5.

normalmente idealizantes. Plutarco, por ejemplo, se refiere a la dureza de su voz y al especial aroma que desprendía su cuerpo¹³⁴, lo que normalmente se asociaba en la literatura griega a la divinidad¹³⁵. El propio Alejandro trató de «crear una imagen oficial de su persona [...] que pretendía que sus súbditos albergasen en su memoria un retrato de sí mismo definido por unas características determinadas»¹³⁶. La apariencia real que pudo caracterizar a Alejandro Magno, por lo tanto, queda ya muy difuminada después de tantos siglos y obras (pictóricas, literarias o escultóricas) como intermediarios¹³⁷.

Sin embargo, lo que verdaderamente sí puede resultar muy valioso para el análisis más filológico y literario es el estudio de los rasgos con que Alejandro Magno es definido según la perspectiva de las artes fisiognómicas, bastante extendidas en las épocas clásica y medieval como método casi científico con el que conocer el carácter o personalidad de una persona a partir de la observación de sus facciones. De este modo, podremos introducirnos en la mentalidad medieval y, con ello, facilitaremos la comprensión de todos los símbolos y atributos que rodean a la figura del emperador macedonio. Al final de la recopilación de máximas y castigos de Alejandro Magno en los *Bocados de oro*, se incluye un conocido diálogo entre Aristóteles y algunos de sus jóvenes discípulos, a los que pregunta cómo le recompensarán cuando sean reyes. Es Alejandro el que, muy sabiamente, le pide que «non me demandes oy por lo que havre de faser cras»¹³⁸ y que le pregunte, tan sólo, por lo que puede hacer ahora. Aristóteles, además, utiliza las artes fisiognómicas para afirmar que «De cierto se yo que tu seras grand rrey, que la tu natura lo muestra e la faccion del tu rrostro»¹³⁹. Es decir: espíritu, sabiduría y facciones físicas mantienen una relación estrecha e interdependiente.

En este mismo sentido, Gautier de Châtillon utiliza la descripción que hace de Aristóteles en la *Alexandreis* para mostrar la validez y exactitud de este tipo de artes. En ella, el sabio es descrito

¹³⁴ «Su cutis espiraba fragancia, y su boca y su carne toda despedían el mejor olor, el que penetraba su ropa, si hemos de creer lo que leemos en los *Comentarios* de Aristóxeno». PLUTARCO, *Vidas paralelas*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, p. 229.

¹³⁵ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 186.

¹³⁶ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, p. 185.

¹³⁷ Por no ser mi propósito dar cuenta de las distintas representaciones que se han hecho de la efigie de Alejandro Magno a lo largo de la Historia, recomiendo, si se pretende profundizar en este aspecto, la lectura del capítulo «En busca de una imagen», en el que se aborda al detalle este asunto: F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.*, pp. 185-202.

¹³⁸ *Bocados de oro*, *ob. cit.*, p. 313.

¹³⁹ *Id.*, p. 313.

como un hombre extremadamente delgado, macilento y huesudo, lo que sería consecuencia de las incontables horas que dedica al estudio de las letras¹⁴⁰:

Casualmente su maestro, macilento, pálido, despeinado [...] salía de sus habitaciones [...]. ¡Oh qué difícil es no reflejar el estudio en el aspecto del rostro! Su faz, lívida, sabía a candil nocturno; la piel de su cara estaba prácticamente pegada a los huesos [...] y una delgadez extrema oprimía las articulaciones de sus manos. Y es que el intenso esfuerzo en el estudio debilita las articulaciones y consume la carne y lo que el alimento nutre desde fuera lo consume el hombre en su interior como pábulo de su trabajo.¹⁴¹

De este modo, es mucho más fácil de comprender la tradición en la que se inserta el pasaje equivalente (en el que se describe por vez primera a Aristóteles) del *Libro de Alexandre*. De nuevo, se describe al sabio como un hombre demacrado y delgado, lo que sería fruto de las muchas horas que dedica al estudio por las noches, bajo la luz de los candiles:

Más era de mediodía	—nona podrié seer—;
ixió don Aristóteles	su criado veer;
quisquier' ge lo podrié	por vista coñocer
que veló al cresuelo,	do vinié de leer.
Los ojos tenié blancos	e la color mudada,
los cabellos en tuerto,	la maxiella delgada;
no's le tenié la çinta,	yuso yazié colgada. ¹⁴²

Respecto al «aspecto leonino» que antes he mencionado, es posible aún realizar una interpretación más detallada. Al parecer, según relatan fuentes antiguas, la visión de Alejandro Magno en pleno campo de batalla, vestido con su brillante armadura, inspiraba un profundo temor a sus enemigos, que en alguna ocasión se retiraron al comprobar que el propio emperador tomaría las armas y combatiría contra ellos. Así lo describe Arriano en la batalla del Gránico o en el asalto a alguna de las muchas ciudades que tomó, en la que nadie se atrevía a acercársele para oponerle

¹⁴⁰ Pejenaute Rubio, en su edición de la *Alexandreis* (que cito en la siguiente nota), incluye alguna información más al respecto: en la Edad Media era bastante habitual asociar, de forma tópica, ciertos rasgos físicos o enfermedades al desarrollo de unas actividades profesionales determinadas. Las del estudioso, en efecto, coinciden con las que describe Gautier de Châtillon. El *De morbis artificum Diatriba*, obra de Bernardino Ramazzini publicada en 1700, recoge este tipo de conocimientos (existe una traducción al español del propio F. Pejenaute y J. L. Moralejo: B. RAMAZZINI, *Tratado de las enfermedades de los artesanos*, traducción y notas de J. L. MORALEJO y F. PEJENAUTE, Madrid, Instituto Nacional de la Salud, Ministerio de Sanidad y Consumo, 1983).

¹⁴¹ GAUTIER DE CHÂTILLON, *Alexandreida* (ed. F. Pejenaute), p. 113.

¹⁴² *Libro de Alexandre, ob. cit.*, p. 9.

combate. Muy acertadamente, Gómez Espelosín¹⁴³ relaciona este temor a la efigie alejandrina con el que el mítico Aquiles inspiraba a sus enemigos. Ambos, desde luego, resultaron fundamentales e imprescindibles en la consecución de la victoria para sus respectivos ejércitos. Así, los griegos casi fueron aniquilados por los troyanos cuando Aquiles, enfadado por el rapto de Briseida por parte del rey Agamenón, decidió abandonar la lucha; su vuelta a las filas del ejército, tras la muerte de su amigo Patroclo, se caracterizó por la cólera sangrienta, que situó a los griegos en una situación dominante. En un sentido muy similar, la muerte de Alejandro Magno sumió a sus hombres, casi por vez primera, en el miedo a la derrota y la incertidumbre, pues sabían que su sola presencia en el campo de batalla siempre había sido determinante¹⁴⁴.

Además, se mencionan otros datos relativos a su reinado, como que comenzó a reinar a los diecinueve años de edad (lo que es cierto; 336 a.C.) y que murió a los treinta y dos (exacto también; 323 a.C.). No reinó, sin embargo, durante diecisiete años, sino, según refieren las fuentes históricas, trece. De éstos, «lidio los nueve annos, e estovo los ocho annos asegurado sin lid»¹⁴⁵. Tal afirmación, claramente equivocada, se explica, quizás, porque este reparto de cifras equilibra los periodos de paz y guerra, lo que encierra en sí mismo un fin más eficaz y didáctico (sería, así, un rey medido que sabe evitar las guerras excesivamente largas). Lo cierto es, por el contrario, que Alejandro Magno se embarcó en una larga e ininterrumpida serie de combates desde que llegó a Asia, tal y como hemos explicado en apartados anteriores. Inicialmente, su propósito era el de invadir y controlar Persia, pero fue poco a poco avanzando hacia el este hasta que llegó al reino de Poro, en la India. Incluso allí, a tantos miles de kilómetros de Grecia, quiso continuar su avance hacia oriente, pero fueron sus tropas las que, cansadas ya de casi una década de viajes y batallas infinitas, le hicieron desistir de sus propósitos. Alejandro, como se afirma al final del capítulo, recorrió el mundo conocido (de Occidente a Oriente) en tan solo dos años, lo que es, sin duda, una

¹⁴³ F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.* (2007), pp. 143-144.

¹⁴⁴ Gómez Espelosín, en su análisis de este aspecto en la obra de Arriano, conjetura que el temor de los enemigos persas y asiáticos no tendría tanto que ver con la efigie de Alejandro como con la eficacia y rapidez con que operaba la falange macedónica. F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, *ob. cit.* (2007), p.144.

¹⁴⁵ *Bocados de oro, ob. cit.*, p. 306.

exageración¹⁴⁶. Desmesuradas son, a su vez, las cifras¹⁴⁷ que constatan que venció a veintidós reyes (no conocemos la cifra exacta) y que «fue la cuenta de la su caballería tresientos e veynte e tres mill a menos de los escuderos e de los otros omnes»¹⁴⁸. Resulta curioso que el hombre medieval creyera que el ejército de Alejandro Magno estuviese formado en exclusiva por cuerpos de jinetes: sin duda, la caballería de los Compañeros —la élite de las tropas macedonias— otorgó la victoria a Alejandro en innumerables batallas; sin embargo, la importancia que los hoplitas —soldados de infantería— que formaban las falanges demostraron poseer en las mismas no debe quedar disminuida por ello.

¹⁴⁶ Entre las batallas del Gránico (Persia, 334 a. C.) y el Hidaspes (India, 326 a. C.), que tuvieron lugar en los dos extremos del Imperio de Alejandro, transcurrieron ocho años.

¹⁴⁷ «Alejandro, aparte de una fuerza de 5.000 aliados indios estaba al frente de otras tropas asiáticas [...], pero el grueso de su ejército seguía siendo la infantería macedonia y la caballería de los Compañeros con los que había cruzado el Helesponto, y el ejército con el que se enfrentó a Poros probablemente no superaba los 40.000 hombres. Siempre había pensado que este número le proporcionaba una gran movilidad táctica y estratégica [...]». Véase en: JOHN WARRY, *Las conquistas de Alejandro Magno*, Barcelona, Osprey Publishing, 2011, p. 73.

¹⁴⁸ *Bocados de oro*, ob. cit., p. 307.

7. CONCLUSIONES

Este trabajo constituye la primera de las fases de mi investigación sobre *Bocados de oro* y Alejandro Magno. Tras tantas horas y jornadas dedicadas a la lectura y a su escritura, aún existen multitud de análisis que esperan a ser realizados en cualquiera de estos dos ámbitos temáticos. De hecho, es muy probable que próximamente comience la elaboración de mi tesis doctoral, en la que creo que me ocuparé de realizar una edición crítica de *Bocados de oro* (completamente necesaria, pues, como ya hemos visto, las dos que existen duermen olvidadas en lejanas bibliotecas desde hace décadas). Me gustaría, también, ampliar mi análisis sobre el personaje de Alejandro en la Edad Media castellana, en especial su desarrollo en la literatura sapiencial, pues ello ofrece sugerentes posibilidades para el investigador. En este sentido, resulta fascinante cómo un conquistador imparable se convirtió, con el paso de los años, en paradigma perfecto de hombre sabio.

Emplazo, además, a futuros trabajos para estudiar al detalle algunos temas a los que me habría gustado prestar más atención en estas páginas, pero que habrían engrosado notablemente la extensión de este estudio. Me refiero, en concreto, a las relaciones epistolares que existen en la obra entre Alejandro, su madre Roquia y Aristóteles. No es esto algo exclusivo de *Bocados de oro*, pues gran parte de la tradición alejandrina (*Pseudo Calístenes* o *Alexandreis*, entre otros) incluye este tipo de cartas entre sus páginas y, de hecho, pudo ser el núcleo a partir del cual se construyó parte de la leyenda de Alejandro. Asimismo, el origen griego y los posteriores añadidos árabes y cristianos resultan clave para comprender el proceso de difusión de la obra a lo largo de los siglos. Ambos temas merecen un estudio más exhaustivo.

Alejandro Magno, en el capítulo a él dedicado en *Bocados de oro*, se convierte en modelo a seguir por reyes y príncipes por su astucia, inteligencia, capacidad de mando y valentía. Su ejemplo, que encaja a la perfección en el contexto político castellano del siglo XIII —a pesar de contar con un origen anterior en el tiempo—, pudo servir de inspiración para muchos de los aristócratas de Castilla nacidos posteriormente, pues la obra conoció una extraordinaria difusión a través de numerosos manuscritos. Quién sabe hasta qué punto los reyes y reinos peninsulares construyeron su identidad política a partir del modelo del sabio conquistador macedonio.

Alejandro III de Macedonia murió en Babilonia a los treinta y dos años, víctima, probablemente, de unas fiebres de malaria. Sus hechos, hazañas, enseñanzas y lecciones de sabiduría dieron forma a su leyenda y lo convirtieron en uno de los hombres más conocidos y admirados de toda la Historia de la Humanidad. Permaneceremos atentos a los nuevos hallazgos que nos depare el futuro.

8. BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES DE *BOCADOS DE ORO*

CROMBACH, MECHTHILD (ed.), “*Bocados de oro*” *Kritische Ausgabe des altspanischen Textes*, Bonn, Romanisches Seminar der Universität Bonn, 1971.

KNUST, HERMANN (ed.), *Bocados de oro*, Tübingen, Gedruckt für den literarischen verein in Stuttgart, 1879.

EDICIONES DE FUENTES SECUNDARIAS

ANÓNIMO, *Libro de Alexandre* (ed. Juan Casas Rigall), Madrid, Real Academia Española & Galaxia Gutenberg, 2014.

CHÂTILLON, GAUTIER DE, *Alejandroida* (ed. Francisco Pejenaute Rubio), Madrid, Akal, 1998.

CURCIO RUFO, QUINTO, *Historia de Alejandro Magno* (ed. Francisco Pejenaute Rubio), Madrid, Gredos, 1986.

PLUTARCO, *Vidas paralelas*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.

PSEUDO ARISTÓTELES, *Secreto de los Secretos y Poridat de las poridades: versiones castellanas del Pseudo-Aristóteles Secretum secretorum* (ed. Hugo O. Bizzarri), Universidad de Valencia, Valencia, 2010.

PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (ed. Carlos García Gual), Madrid, Gredos, 1988.

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

ALVAR, CARLOS, *Traducciones y traductores: Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2010.

BONNASSIE, P. *et alii*, *Las Españas medievales*, Crítica, Barcelona, 2001.

CARY, GEORGE, *The Medieval Alexander*, New York & London, Garland, 1987.

CROSAS LÓPEZ, FRANCISCO, «Fragmentos de *Bocados de oro* en un manuscrito de la Real Academia de la Historia», *Revista de Filología Española*, LXXX, 1º-2º, 2000, pp. 5-30.

DEYERMOND, ALAN D., *Historia de la literatura española, vol. 1: La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1973.

GARCÍA FITZ, FRANCISCO, *La Edad Media: Guerra e ideología —Justificaciones religiosas y jurídicas—*, Madrid, Sílex, 2003.

- GARCÍA GUAL, CARLOS, *Las primeras novelas: Desde las griegas y latinas hasta la Edad Media*, Madrid, Gredos, 2008.
- , «Apuntes sobre la muerte de Alejandro Magno en algunos textos hispánicos del Medievo», en *XVIII Simposio de la SELGYC (Alicante 9-11 de septiembre 2010)*, Universitat d'Alacant, SELGYC [Sociedad Española de Literatura General y Comparada], 2012, pp. 237-246.
- GIL, JOSÉ S., *La escuela de traductores de Toledo y sus colaboradores judíos*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (CSIC), 1985.
- GÓMEZ REDONDO, FERNANDO, *Historia de la prosa medieval castellana, vol. I: La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, FRANCISO JAVIER, *La Leyenda de Alejandro Magno, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2007.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. y A. GUZMÁN GUERRA, *Alejandro Magno: de la historia al mito*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- GUADALAJARA MEDINA, JOSÉ, *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos 1996.
- HARO CORTÉS, MARTA, *Literatura de castigos en la Edad Media: libros y colecciones de sentencias*, Madrid, Ediciones Laberinto, 2003.
- , «Un nuevo testimonio fragmentario de los Bocados de oro», *Revista de Literatura Medieval*, pp. 9-25, 1996.
- LACARRA, M. J., «Algunos errores en la transmisión del *Calila* y el *Sendebár*», *Cuadernos de investigación filológica*, Logroño, Universidad de La Rioja, 1979.
- , *Cuentística medieval en España: Los orígenes*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1979.
- , «El apólogo y el cuento oriental en España», en *Orígenes de la novela*, Santander, Universidad de Cantabria, 2007.
- LACARRA, M. J. y J. M. CACHO BLECUA, «El marco narrativo del *Sendebár*», *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, Anubar, 1977, II, pp. 223-243.
- , *Historia de la literatura española (I. Entre oralidad y escritura: La Edad Media)*, Barcelona, Crítica, 2012.
- LANE FOX, R., *Alejandro Magno: conquistador del mundo*, Barcelona, Ediciones Acantilado, 2007.
- , *El mundo clásico: La epopeya de Grecia y Roma*, Barcelona, Crítica, 2008.
- LIDA DE MALKIEL, M. R., *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975.

- MURCIA ORTUÑO, J., *De banquetes y batallas: La antigua Grecia a través de su historia y de sus anécdotas*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.
- RIVERA GARCÍA, ANTONIO, «Bocados de Oro y la literatura sapiencial en tiempos de Alfonso X», Biblioteca Saavedra Fajardo (edición digital: http://www.academia.edu/6074749/Bocados_de_Oro_y_la_literatura_sapiencial_en_tiempos_de_Alfonso_X; fecha consulta: 07/05/2015).
- RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO, *Modelos griegos de la sabiduría castellana y europea: literatura sapiencial en Grecia y la Edad Media*, Madrid, Real Academia Española, 2001.
- RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, MIGUEL ALEJANDRO, «La realeza sapiencial y el ciclo del Alexandre medieval: tradición gnómica y arquetipos políticos en el occidente latino (siglos XII y XIII)», en *Historia, instituciones, documentos*, nº 26, 1999, pp. 459-489.
- URÍA MAQUA, ISABEL, «La soberbia de Alejandro Magno y sus implicaciones ideológicas», en *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. XIX, 1996, pp. 513-528.
- WARRY, JOHN, *Las conquistas de Alejandro Magno*, Barcelona, Osprey Publishing, 2011.